

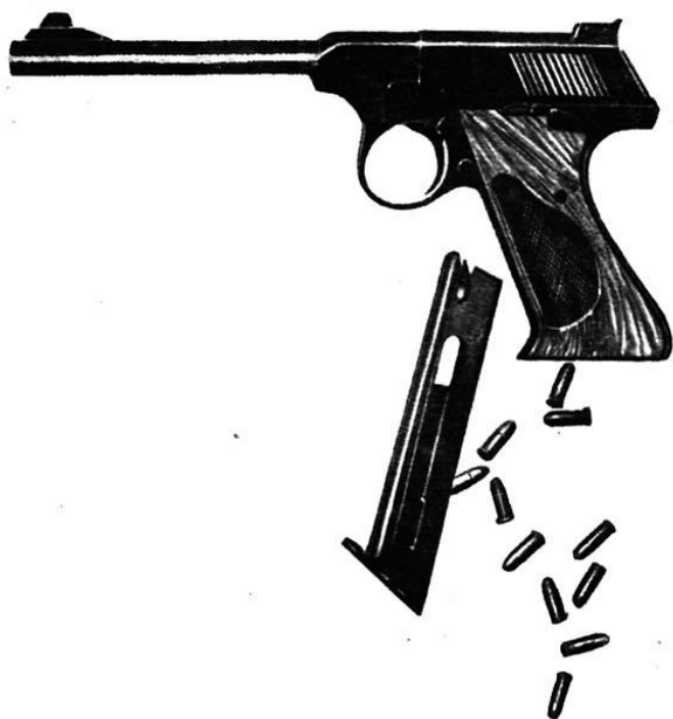


MORTIMER CODY

R

FBI

**UN
SATELITE
PERDIDO**



© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 27.125-1969

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, ó. MADRID-19

MORTIMER CODY

Un satélite perdido

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Ultimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huellas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos tumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte.

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinarme.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

I

EL coche rodaba con marcha forzadamente lenta, como consecuencia de la intensidad del tráfico. El centro de Miami estaba abarrotado de coches y gente, y resultaba poco menos que un sueño encontrar un «*parking*». Por lo menos, en el lugar justo en que lo necesitaba *miss* Shepley, lo cual la estaba poniendo nerviosa.

—Phil... —llamó *miss* Shepley.

—Diga.

—Ve directamente al Instituto Me dejas allí.

—¿Y yo...?

—Es simple: da vueltas, o toma café... Incluso puedes meterte en un cine durante una hora o más. A las cinco y media en punto me esperas delante de la puerta del Instituto. ¿Te parece buena solución?

—La mejor, *miss* Shepley.

Ella suspiró.

—Pues date prisa; no me gusta llegar tarde a ningún sitio.

Entonces, el conductor del coche realizó un viraje a la izquierda, tomando la calle N. W. 3, rodando con una mayor fluidez, hacia el instituto de Belleza, situado a escasa distancia del Orange Bowl Stadium. Sólo cinco minutos más tarde, el coche se detenía, y *miss* Shepley se preparó para apearse.

—Recuerda, Phil: a las cinco y media.

—Descuide, *miss* Shepley.

Ella se apeó entonces y caminó por la acera, muy transitada, hacia el Instituto de Belleza, de bonita y atrayente fachada. Phil, aprovechando el rojo del semáforo, estaba encendiendo un cigarrillo, mirando a *miss* Shepley alejarse. Hizo una mueca.

La verdad es que sin ser decididamente un adefesio, *miss* Shepley necesitaba realmente los mimos y cuidados de los especialistas de un buen Instituto de Belleza. De modo especial, en lo que a su silueta se refería. Una silueta no sólo algo viriloide, sino bastante... llena. Había que admitir, de todos modos, que en los últimos días aquella silueta de hombros anchos y paso sin gracia había ganado bastante. ¿Quién dice que los métodos adelgazantes que se usan no son útiles?

Miss Shepley, además, usaba gafas, tenía el cabello rojo, pecas en un rostro irregular, sin atractivos especiales... En fin, una dama muy poco atractiva, sin llegar a ser un adefesio. Lo único aceptable de ella era su relativa juventud: treinta años. Y... no hay que olvidar un nuevo aliciente de *miss* Shepley: su dinero. El dinero de su padre, mejor dicho. Pero dinero. Abundante, a la vista.

Pues sí: Phil estaba encendiendo el cigarrillo, *miss* Shepley se había metido ya en el Instituto, y el semáforo iba a cambiar de un instante a otro.

Sin embargo, ocurrió algo que hizo respingar a Phil. Algo inesperado, que primero le hizo fruncir el ceño, y luego palidecer, quedando muy quieto. El semáforo había cambiado, y detrás del coche de Phil los otros conductores empezaban a enfurecerse.

Sonó la voz:

—¿Qué está esperando para poner el coche en marcha?

—Sí... Ya lo...

—Dese prisa.

Phil aún no lo entendía. Con movimientos que denotaban una larga práctica, puso el coche en marcha, un «Fairlane» color azul cielo, que rodó por la calle N. W. 3, hasta que el hombre que había penetrado en el coche, con una automática en la diestra, dijo:

—Tome la Avenida Veintisiete, y hacia el Sur.

Phil obedeció, sin despegar los labios.

—¿Qué ha de hacer usted ahora? —inquirió el inesperado intruso.

—Nada... Dar vueltas, o tomar un refresco...

—¿Hasta qué hora?

—Las cinco y media.

—¿Y luego?

—A esa hora, en punto, he de estar esperando a *miss* Shepley

delante del Instituto de Belleza. *Miss Shepley* es la...

—Sé quién es.

Phil empezaba a reaccionar, y gruñó:

—¿Y yo puedo saber quién es usted y qué significa esto?

—No reduzca la velocidad. Siga hacia el Sur. En el cruce con South Dixie Highway, tome ésta, también hacia el Sur. Luego, por Le Jeune Road, y, por último, Granada Boulevard, hacia Mongrove Park, sin acercarse a Tahiti Beach. ¿De acuerdo?

—No ha respondido a mi pregunta, señor.

—Carece de importancia. Le basta con echar de cuando en cuando un vistazo a mi automática.

—Pero... no entiendo lo que se propone.

—Sería mucho pedir —sonrió secamente el hombre de la pistola.

Phil le miró, preocupado, observando que no se trataba de un tipo corriente. No parecía desempeñar ningún trabajo de los comunes. No tenía, por ejemplo, aspecto de vendedor ni de empleado de oficina. Más bien de... deportista, pero ya maduro... Un tipo que no estaba muy bronceado, y tenía el cabello de un rubio oscuro, con abundantes canas en los aladares. Un mentón enérgico, un cuerpo fuerte, unos ojos grises de mirada muy fría...

El intruso guardaba silencio, y Phil pensaba desesperadamente en la situación, en aquel problema, pero no se le ocurría nada que valiese la pena de poner en práctica; estaba seguro de que aquel tipo no le permitiría la más leve maniobra...

—Ahora, al parque —dijo, de pronto, el hombre de la automática.

Phil obedeció. Penetró en Mongrove Park, muy poblado de vegetación subtropical, con muchas flores, con bien cuidados «parterres», con sus bosquecillos mirando al mar, que se percibía a escasa distancia, de un azul oscuro, con el sol de lado.

—Detenga el coche.

Phil obedeció.

Miró al tipo, humedeciéndose los labios.

—Quítese la gorra, la chaqueta y la corbata —dijo aquel hombre.

Phil vaciló un instante, pero resultaba tan siniestra la mirada de aquel tipo, como la de la boca del cañón de la automática, con el silenciador acoplado.

Así que Phil obedeció, lentamente. La gorra, la chaqueta, la corbata... Todo iba a parar a los asientos traseros del «Fairlane» azul cielo. Cuando estuvo listo, miró a los ojos al hombre de la pistola, y musitó:

—Pero... ¿qué se propone, señor?

—Ahora, nos aparearemos. Iremos hacia aquel bosquecillo.

El hombre de la pistola abrió la portezuela, se apeó y rodeó el coche, hasta situarse junto a la portezuela correspondiente a Phil, quien se apeaba en aquellos momentos, empezando a mostrar señales de miedo: la palidez, el sudor profuso y frío en todo el cuerpo... Phil tuvo que obedecer de nuevo, entendiendo con un simple gesto de la mano armada de aquel hombre. Y echó a andar hacia uno de los bosquecillos, quizá el más frondoso, el más aromático de Mongrove Park.

En el parque, el ambiente era de calma, de silencio. A cierta distancia había un jardín infantil, y se oían, lejanos, sus gritos y voces. Todo ello se iba perdiendo, a medida que los dos hombres penetraban en el bosquecillo.

—Deténgase —dijo el hombre de la pistola.

Phil lo hizo, y se volvió hacia aquel tipo.

—Oiga..., yo no... ¿Qué... qué va a hacer...?

Los ojos de Phil se abrieron desmesuradamente en aquellos momentos. Su boca se abrió, su cuerpo experimentó una fuerte sacudida; sus manos se alzaron, abiertas, palmas hacia adelante, temblorosas... Todo fue inútil por completo. Con absoluta frialdad, el hombre de la automática apretó el gatillo; una sola vez. Sonó un ahogado chasquido, por completo intrascendente, y Phil, con un plomo en el corazón, cayó, fulminado, chocando contra una palmera enana y rodando luego hacia el suelo. Quedó de boca sobre la tierra llena de hojarasca, con briznas de hierba, de tronco seco de palmera. De espaldas al bonito mar de un intenso azul, con crestas blancas, alegres...

El asesino, impassible el rostro, echó un vistazo a su reloj de pulsera. Luego, sin prisas, se alejó unos pasos y se volvió, para obtener una panorámica de la posición en que se hallaba el cadáver. Regresó junto a éste y corrigió la posición, ocultándolo un poco más, junto a varias palmeras enanas.

Regresó al punto desde el cual observaba la panorámica, y

pareció satisfecho puesto que se alejó del bosquecillo, en dirección al «Fairlane». Llevaba la automática en el bolsillo de su chaqueta, y se metió en el coche tranquilamente. Una vez en el interior, a cubierto de cualquier mirada, cambió su corbata y la chaqueta por las de uniforme de Phil. Se encasquetó la gorra y se miró al espejo retrovisor críticamente.

Todo bien.

En uno de los salones del Instituto de Belleza, *miss* Shepley se miraba también críticamente, después de haberle sido retirada del rostro una auténtica máscara de cremas; con el rostro limpio, sin las gafas, se miraba al espejo y sonreía levemente. Pues no estaba del todo mal...

Su mirada se cruzó con la de la especialista, una muchacha joven y bonita, quien, sonriendo, dijo:

—Progresas rápidamente, *miss* Shepley. Su cutis responde perfectamente al tratamiento. Le aconsejo una vez más que mientras dure ese tratamiento no se exponga al sol.

—Descuide... Supongo que echaría a perder la labor de varias semanas.

—Podría ocurrir, en efecto. Bien..., lista. *Miss* Sophie la está esperando en su Departamento.

—Sí, ya sé...

Y suspiró, aliviada, lo cual arrancó una nueva sonrisa a la joven especialista del cutis, la cual dijo:

—No debería tomar estas sesiones de belleza como un sacrificio, *miss* Shepley. Su aspecto está mejorando notablemente, y... vale la pena. Supongo que usted debe considerarlo también así, puesto que se somete a él.

—Oh..., simplemente aprovecho unas fechas libres... Creo que no tengo nada mejor, más útil, que hacer. Debo aclarar que eso no indica que desprecio la belleza femenina. Yo misma la admiro. Y, verdaderamente, no podría decirle qué me ha empujado a tratar de mejorar mi aspecto físico. Siempre me tuvo sin cuidado... Sospecho, no obstante, que soy de las que han sufrido complejos por su fealdad. De niña, cuando estudiaba en la Universidad... La fealdad me apartó de muchas cosas, y me hundió en otras...

—Me parece que usted tiene demasiada personalidad como para

sentir esa clase de complejos, *miss Shepley*. Usted es inteligente.

Miss Shepley sonrió.

—¿Inteligente? No sé... Es difícil medir la inteligencia de las personas, querida Margo. Ocurre que, en cierta ocasión, un hombre, no importa quién fuese, inventó unos coeficientes, derivados de unos «tests». Entonces, ese hombre obtuvo su propia puntuación, le satisfizo, le pareció que era un genio, y fue calificando las mentalidades... La que fuese más o menos como la suya, correspondería a un genio... Ya ve, pues, que, seguramente, el coeficiente de inteligencia lo inventó un presuntuoso.

—Oh, no se me había ocurrido...

—Pues piense un poco, querida. Usted, por ejemplo, puede ser tan inteligente como yo, o más.

—Oh, no... Imposible, *miss Shepley*...

Miss Shepley se puso en pie, sonriendo. Se puso las gafas.

—Bueno, Margo, usted es tan bonita que no necesita conocer su coeficiente de inteligencia, ni otras estúpidas cosas.

—Yo no las considero estúpidas, *miss Shepley*. Y... yo... he oído decir que un sabio es, casi siempre, escéptico. Supongo que esa... regla se le puede aplicar a usted. Por otra parte, sepa que me encantaría ser tan inteligente como usted.

—¿Y fea como yo, Margo?

—Bien...

Miss Shepley sonrió casi cariñosamente.

—Hasta la próxima sesión, Margo —dijo.

—Sí, sí... Buenas tardes, *miss Shepley*.

Miss Shepley se alejó, sabiendo que dejaba a la bonita Margo bastante confundida. Se supone que a todo el mundo le gustaría ser muy inteligente, pero en eso sí era totalmente escéptica *miss Shepley*. Ésta no creía que una mujer joven y bonita cambiase su belleza por unas cuantas circunvoluciones más en su cerebro.

Y hacía bien, desde luego.

Miss Shepley se dirigió entonces hacia dónde la estaba esperando *miss Sophie*, que era la experta en adelgazamiento del Instituto. Adelgazamiento por zonas, además. ¿No era maravilloso? A una dama le sobra grasa, o carne, en la nuca, pues se somete a un tratamiento de nuca, y sale nueva. Lo mismo en hombros, caderas,

muslos, brazos...

El gabinete de Sophie estaba abierto, y *miss* Sophie sentada en su mesita funcional, tomando notas de algo. Al ver a *miss* Shepley, se puso en pie, con una sonrisa profesional, no exenta de encanto, sin embargo. Bueno..., había que admitir que Sophie era aún más bonita que Margo. Y bellezas distintas, además. Por ejemplo. Margo era una belleza juvenil y alegre, y Sophie, aun siendo tan joven como Margo, era una belleza más serena, más pura. Y a Sophie se le notaba ser más inteligente. Sus ojos eran de un color extraño: violeta oscuro... Unos ojos muy notables, escasamente sombreados los párpados y las pestañas con rímel. Una bonita boca, una silueta perfecta...

—Buenas tardes, *miss* Shepley. ¿Cómo se ve?

—Mejor, mejor... Diga, ¿conseguiré algún día su figura, Sophie? Sophie sonrió más espontáneamente.

—Ojalá, *miss* Shepley —dijo.

—Estos hombros míos... Supongo que de haberme dedicado a algún deporte hubiese sido una mujer fuerte, ¿no cree?

—Se puede ser fuerte y tener los hombros más estrechos, *miss* Shepley. Mi tratamiento no la restará fuerza, no tema... aunque no la necesite, claro. Pase al cuarto y desvístase de medio cuerpo... Ya sabe. Avíseme cuando esté lista.

—Sí, sí...

Sophie había cerrado la puerta del gabinete, y *miss* Shepley había pasado al cuarto de los masajes. Allí, se desnudó y miró al espejo su figura. Hizo una mueca de desagrado, un poco burlona también. Tenía los senos bien formados, sí, pero aquellos horribles hombros de atleta... Y, por cierto, su volumen había descendido lo suficiente como para sentirse esperanzada, pero sabía muy bien que la ciencia tiene un límite. Era cuestión de esqueleto, y, que ella supiera, no se ha inventado nada para transformar el esqueleto humano.

En conjunto, se sentía más joven, un poco más bella, desde que se sometía al tratamiento.

Pasó a la camilla, echándose boca abajo, procurando no aplastar el busto. Tocó un timbre, y un instante después penetraba Sophie, la cual cerró también aquella puerta.

—Dígame la hora, Sophie, por favor —pidió *miss* Shepley.

—Las cinco y diez minutos.

—Vaya... Por favor, sea hoy más breve. A las cinco y media en punto debo estar en la calle.

—Está bien... Relájese.

Miss Shepley se sometió a la especie de tortura de los dedos fuertes de Sophie; sorprendentemente fuertes, ya que parecían delicados; eran largos, finos, bonitos... Lo cierto era que aquellos masajes la sentaban estupendamente. Y sonrió, boca abajo, sin ser vista por Sophie, pensando en todas las circunstancias que la habían llevado al Instituto de Belleza. Mientras, Sophie proseguía con su trabajo.

Diez minutos más tarde, Sophie anunciaba:

—Terminó el masaje, *miss Shepley*.

—Bien...

—Ahora, la inyección. Creo que es la última, *miss Shepley*.

—Lo celebro. Esas inyecciones me abren el apetito, aunque ustedes digan que son para todo lo contrario —rió *miss Shepley*.

Sophie se limitó a una sonrisa, y fue a preparar la inyección de sustancias vegetales, de complicada fórmula, terapéutica de adelgazamiento. Preparó el inyectable y se acercó a la camilla. *Miss Shepley* estaba sentada en el borde, ya cubierta con una sábana y presentando solo el brazo derecho desnudo.

Sophie apretó una goma en aquel brazo, hasta que las venas de *miss Shepley* fueron lo suficientemente visibles. Entonces, con pericia, clavó la aguja en una vena, e inyectó el producto de la terapéutica adelgazante.

Fue un instante.

Retiró la aguja, realizó un ligero masaje con alcohol, y esbozó una sonrisa.

—Puede vestirse. Lista por hoy, *miss Shepley*. ¿Cree que debe seguir el tratamiento de inyectables, o...?

—Vamos a dejarlo, ¿eh? Parece que quiera presentarme al próximo certamen de *Miss Mundo*, y no es así... —sonrió.

—Como quiera...

Miss Shepley, ya a solas, se vistió. Se miró de nuevo al espejo, y tras vacilar, dudando, se encogió de hombros. Seguían siendo muy anchos. Y con paso un tanto viriloide, ciertamente exento de gracia

femenina, *miss* Shepley abandonó la salita de masajes. *Miss* Sophie, correctamente, la despidió en la puerta del gabinete.

Caminando hacia la salida del Instituto, donde había bar, sala de música, sala de lectura, salón de juegos, *miss* Shepley, ignorando ya todo lo que le rodeaba, salió a la calle. Sintió una ligera molestia en la visión, lo cual achacó a la claridad del exterior, a los ruidos, a la gente que transitaba por las aceras, tras haber abandonado el trabajo... Las aceras, realmente, resultaban pequeñas para la gente.

Seguía un tránsito enloquecedor...

Se lo parecía, al menos, a *miss* Shepley, la cual, sintiendo que crecía la molestia en la visión, aparte de una somnolencia extraña, echó a andar, tras haber visto, con un esfuerzo, su «Fairlane» azul.

Se abría paso entre la gente que transitaba.

Se encontraba peor por momentos, y tan sólo la interesaba llegar al coche, y Phil la atendería adecuadamente. Sentía que iba a desvanecerse, y si caía en plena calle corría el riesgo de que Phil no se diera cuenta, y la trasladasen a algún hospital, con las consiguientes molestias, líos y sustos.

Ya sentía que empezaba a flotar...

¡Qué extraño...! Ella no solía encontrarse mal jamás... No era hermosa, pero sí fuerte y saludable...

La gente la zarandeaba, en su caminar rápido, nervioso. Ni siquiera había llegado a mitad de la acera. Entonces, alarmada, antes de que aquel sueño la venciera, quiso gritar, llamando la atención de Phil. La distancia hacia el coche, cosa de nueve yardas, parecía insalvable...

No obstante, ningún grito brotó de su garganta, que parecía paralizada.

Y notó en aquellos momentos que un hombre la agarraba por los brazos, girándola, encarándola en la misma dirección en que caminaba la gente. Y aquel hombre la dijo algo...

—Siga hacia adelante. Cuidado con lo que hace. A dos yardas detrás nuestro hay un hombre que la apunta con una automática.

Todo aquello lo oyó *miss* Shepley casi dormida, caminando de un modo extraño, sin ofrecer resistencia, arrastrando los pies. Ni siquiera se enteró cuando dobló la esquina y fue introducida en un coche, que partió inmediatamente.

Mientras, del «Fairlane» azul había descendido un hombre de

cabello rubio, con canas y ojos grises, muy fríos, que parecía haberse sometido, de súbito, a una sesión de «sauna» finlandesa, a juzgar por la humedad de su rostro y de todo su cuerpo... ¡Pero él había visto un instante a *miss* Shepley, acercándose al coche...! La esperaba tranquilamente, seguro de que todo iba bien... ¡Y había desaparecido!

El tipo, mirando en torno, nerviosamente, buscó, fue de un lado a otro, llegó hasta la esquina y regresó junto al coche... Ni rastro de *miss* Shepley... ¿Cómo era posible? ¿Qué había ocurrido? Tal vez se había equivocado y no era ella,... No, no... Estaba seguro... *Miss* Shepley había salido del Instituto, y él la vio avanzar, con síntomas de que todo iba bien... para él, claro, no para *miss* Shepley...

¡Y desaparecida ante su vista, y en unos segundos...!

El tipo, obcecado, aún dio unas vueltas, esperó un poco...

Todo inútil.

II

EN el salón de aquella bonita quinta de Lummus Park, en Miami Beach, los cuatro hombres permanecían silenciosos. Uno de ellos estaba sentado en un sillón, y los otros tres en pie. Dos de ellos paseaban, y el tercero miraba por el amplio ventanal, en dirección a la playa, viendo la arena brillante, las suaves olas, el mar con reflejo de luna, y de luces de embarcaciones lejanas.

El hombre que estaba sentado en el sillón tenía unos cincuenta años y el cabello completamente gris, así como la perilla; sus ojos eran negros, y si bien parecía el más sereno de la reunión, lo cierto era que la tensión le estaba arrancando gotas de sudor en la frente, amplia, despejada.

Era un tipo correctamente vestido; serio, sin estridencia alguna. Los otros eran más jóvenes, más fuertes, al parecer.

Se oyó, de pronto, el roncar del motor de un coche, y el que estaba mirando por la ventana se hizo a un lado y observó el exterior, procurando no ser visto. Vio un descapotable color guinda meterse en el recinto de la quinta, y se volvió hacia los demás, diciendo:

—Ya está aquí Sophie.

Nadie despegó los labios.

Todos estaban mirando hacia la entrada del salón, cuando oyeron el taconeo. Y vieron entrar a Sophie, sonriendo levemente, con el cabello dorado, liso, sobre la cara, en largos mechones, con su minivestido amarillo, que dejaba al descubierto parte de los bien formados muslos, y unas rodillas perfectas, sin que se notara la osamenta corriente. Una Sophie muy esbelta, juvenil, de inteligente mirada, muy distinta a la profesional del Instituto de Belleza.

Sophie sonreía, sí. E iba a abrir la boca para decir algo, cuando

observó la expresión de los cuatro hombres. Se humedeció los labios miró a un tal Bronson Grundy, e inquirió secamente:

—¿Qué es lo que ha ido mal, Bronson?

El hombre del cabello rubio, con canas en los aladares, sin moverse de junto a la ventana, procuró que su voz sonara tranquila, normal:

—Todo, Sophie.

Sophie pestañeó.

Avanzó unos pasos hacia el centro del salón.

—No entiendo, Bronson... ¿Todo ha salido mal?

—Todo.

—No es posible...

—Lo es, lo es, querida Sophie...

—Yo cumplí perfectamente.

—Nadie lo duda. Y yo realicé mi trabajo correctamente —dijo Bronson—. No hubo dificultades. Cuando ella, *miss* Shepley, llegó al Instituto, vi que el coche iba a alejarse, y me introduje en el vehículo aprovechando una circunstancia favorable. Creí que así era incluso mejor. Obligué al conductor a ir a Mongrove Park; allí, le maté, y luego llamé por teléfono a Cutting, poniéndole al corriente de lo que había. Cutting ha retirado el cadáver, y lo ha hecho desaparecer. Yo, entonces, sabiendo que *miss* Shepley saldría a las cinco y media del Instituto, di unas vueltas, y regresé puntual. La vi salir..., y..., desaparecida. Ante mi vista, casi... La esperaba en el coche... Observé un extraño retraso, salí, la busqué... Desaparecida, Sophie.

—Pero... ¡es increíble! Ella... ella estaba bajo los efectos del tiopentanato sódico, con la sustancia que retarda los efectos... Tenía el tiempo justo de llegar al coche y dormirse, Bronson... Estoy segura de que la inyecté tiopentanato, pentanato sódico, el suero de la verdad... No creáis que hubo error por mi parte... Sustituí las inyecciones de...

—Estoy convencido de ello, Sophie —cortó Bronson Grundy—. Cuando la vi, noté que empezaba a surtir efecto la anestesia del tiopentanato. Estaba saliendo todo perfectamente. Ella se hubiese metido en el coche, sin tan siquiera notar la sustitución de su conductor... Se hubiese dormido en el coche... Vamos, que hubiese entrado prácticamente dormida... Era un plan excelente, Sophie...

Tú has cumplido; yo también...

—¿Por qué no saliste a su encuentro? —inquirió Sophie.

—Oh, vamos... No creí que hubiese necesidad... Ella se dirigía correctamente hacia el coche. De haber salido yo a su encuentro, y puesto que no estaba dormida, podía haber sembrado la alarma... Un grito, cualquier cosa... Y la gente me impidió ver lo que sucedía con ella...

Sophie, con paso lento, fue hacia un sofá y se dejó caer, dejando las piernas descuidadamente descubiertas, casi hasta el final de las finas medias que llevaba. Inclínó la cabeza, y tras reflexionar unos instantes abrió el bolsito que llevaba, extrajo un paquete de cigarrillos y encendió uno.

Guardó el paquete, y miró al silencioso hombre de la perilla gris.

—¿Y bien, Wickard? —musitó.

Edward Wickard pareció reaccionar entonces.

Incluso sonrió.

—Es curioso... —murmuró—. Preparamos un plan perfecto..., no cabe duda de que era perfecto. Bronson sustituye al conductor, Sophie inyecta una variante del suero de la verdad, con efectos retardados a *miss* Shepley, y ésta, con el tiempo justo antes de dormirse, se hubiese metido en el coche, dando toda clase de facilidades a Bronson, quien antes de dos minutos hubiera recogido a Cutting y Wells, los cuales, con *miss* Shepley bajo los efectos del suero, hubiesen obtenido respuesta a todas las preguntas, en el propio coche de *miss* Shepley,...

—Era perfecto —dijo Sophie—. Lo era. Pero...

Edward Wickard miró a Sophie a los ojos.

—Pero ha fracasado —dijo.

—¿Qué crees que ha podido ocurrir, Wickard? —inquirió Sophie.

Wickard meneó su gris y cuidada cabeza.

—No especulemos, Sophie. Han podido ocurrir mil cosas.

—Y sólo una la verdadera... —musitó Sophie.

—Exacto.

Sophie se estaba mordiendo los labios.

—Mi situación se ha hecho insostenible, de pronto —dijo—. Tened en cuenta que quien sea que haya tropezado con *miss* Shepley, o donde quiera que esté, los efectos del tiopentanato

sódico han desaparecido ya, y *miss* Shepley tiene la suficiente inteligencia y conocimientos para saber que ese suero, ese narcótico, se lo apliqué yo.

Todos miraban de nuevo a Sophie.

Y Wickard asintió con la cabeza.

—Está bien, Sophie..., es cierto —musitó—. *Miss* Shepley, donde quiera que esté, ya sabe que tú le aplicaste la anestesia... Por tanto, lo prudente es que abandones el Instituto de Belleza. Aunque... tal vez eso sería precipitar las cosas... He estado pensando mucho en esto.

Sophie negaba con movimientos de cabeza.

—No, no, Wickard... Has pensado mucho, de acuerdo, pero dudo de que me convenzas de que debo regresar mañana al Instituto, como si nada hubiese sucedido. ¿Sabes quién me interrogaría para saber por qué inyecté tiopentanato sódico a *miss* Shepley? ¿Lo sabes? Claro..., lo sabemos todos: el

F. B. I.

Por tanto...

—Yo pido que razonemos y escuchemos a Wickard —dijo Bronson.

—Gracias, Bronson —sonrió levemente Wickard—. Vamos... A nosotros nos interesa mucho *miss* Shepley, ¿no es así? Todos sabemos por qué.

—Nos interesa, sí —dijo Sophie—. Pero ya... lo dudo.

—No te precipites, Sophie —dijo Wickard—. Yo lamento más que nadie que un plan sin fisuras haya fracasado. Son... riesgos de lo nuestro. Hay que contar con el azar, con lo imprevisible... Y nos confiamos demasiado al dejar solo a Bronson..., todo para hacer las cosas lo más discretamente posible. Pero volvamos a mis ideas... Repito: *miss* Shepley nos interesa mucho. Por tanto, ¿por qué no pensar que interesa también a cualquier otro grupo de espionaje?

Sophie se encogió de hombros.

—Es una conclusión lógica, no cabe duda —dijo.

—¿Por qué no pensar, entonces, que algún grupo se nos ha anticipado? Han hecho las cosas de otro modo..., menos elaborado, no cabe duda; pero, paradójicamente, les ha salido mejor que a nosotros. Simplemente, nos la quitan de las manos.

—Sí..., puede ser —dijo Bronson Grundy—. Puede ser... De la

forma en que ocurrieron las cosas, es claro que estaban esperando a *miss* Shepley. Simplemente, esperándola en la calle... Es absurdo... Nosotros lo teníamos mucho mejor proyectado todo...

—Muy bien. Entonces, todos estamos de acuerdo en que *miss* Shepley ha caído en manos de otro grupo de espionaje. Tal grupo puede ser extranjero, incluso. Debe serlo... Hay noticias que se filtran con extraña facilidad... Por tanto, *miss* Shepley ha caído en manos de un grupo de espías extranjeros. Y ha caído en sus manos bajo los efectos del suero de la verdad. Supongo que todos nosotros estamos convencidos de que ese grupo ha tenido que comprender lo que ocurría con *miss* Shepley, y la habrán interrogado tranquilamente, oyendo todas las verdades que nosotros queríamos saber. Además, muy alegres por su buenísima suerte, es claro.

Todos se habían sentado ya, y se encendían cigarrillos.

Lo que estaba diciendo Wickard estaba repleto de lógica.

—Entonces, tenemos que *miss* Shepley ha dicho todo lo que puede decir, mucho e interesante, y no nos lo ha dicho a nosotros, sino a... no digamos enemigos, sino competidores.

—Todo es posible —dijo Sophie—. *Miss* Shepley habrá hablado.

—¿Y qué creéis que habrá sucedido luego? —inquirió Wickard.

—Por poco inteligentes que sean esos espías, la habrán matado. Es lo que teníamos proyectado hacer nosotros —dijo Sophie.

—Exacto. Entonces, tenemos a *miss* Shepley muerta, y a un grupo de... competidores, que han sido más listos que nosotros. Ha sido un tremendo fracaso nuestro..., a causa sólo de un imprevisto, de mala suerte. Pero eso es todo... Hemos perdido una buena oportunidad, pero nada cambia, y, por consiguiente, cada uno de nosotros, si lo piensa bien, seguirá en su puesto.

Lo dijo mirando significativamente a Sophie, la cual aspiró el humo del cigarrillo, indecisa.

—Wickard..., es posible que esté muerta, y que todo eso de haber caído en manos de un grupo de espías sea cierto. Pero... supongamos que el tiopentanato le hizo efecto antes de lo previsto, y se desmayara en la calle. Entonces, alguien pudo recogerla, y...

—No —cortó Bronson.

Sophie le miró, arqueando las cejas.

—¿Por qué ese «no» tan seguro, Bronson? —inquirió.

—De haber ocurrido lo que tú dices, se habría armado revuelo

en la calle, Sophie. Es lo normal en esos casos; cuando alguien se desmaya en la vía pública. Se arremolina la gente, nadie sabe qué hacer, se gesticula, todo el mundo se agrupa... Algo que no hubiese pasado inadvertido para mí en modo alguno, Sophie. Descarta que cayera dormida en la calle. No fue eso lo que ocurrió. Y me inclino decididamente, además, por la teoría de Wickard.

Sophie vacilaba aún.

—Entonces, lo que me queréis decir es que *miss* Shepley ya está muerta, y nadie dirá al

F. B. I.,

que en el Instituto se le inyectó el suero de la verdad.

—Exacto —dijo Wickard—. Nadie te interrogará al respecto. Debes esperar la visita de la Policía, eso sí, pero..., ya sabes, puramente rutinaria. Querrán saber lo que hizo en el Instituto *miss* Shepley, y a qué hora salió... Datos que puedes proporcionar cómodamente, verídicos, sin que nada te perjudique en absoluto.

—No sé...

—Por contra, Sophie —siguió Wickard—, si desapareces, se entrará inmediatamente en sospechas con respecto a ti. Es lógico. Pensarán que de algún modo eres cómplice de lo que haya ocurrido con *miss* Shepley. Se te buscará por todo el país... Bueno, eso ya lo sabes. Entonces, decide: sigues en tu puesto, con toda calma, para responder a las rutinarias preguntas de la Policía, incluso del

F. B. I.,

si a la desaparición se la considera rapto, puesto que no creo que los espías dejen visible el cadáver, o bien, lo que no te aconsejo, lo que sería perjudicial para todos, huyas y te ocultes.

—Dicho así, Wickard, parece que nada haya ocurrido...

—Ha ocurrido. Hemos fracasado. Hemos perdido una buena oportunidad —dijo Wickard—. No obstante, nada indica que por ese fracaso debamos desintegrar el grupo, y, lo que aún es peor, ponerte tú en evidencia. Y si se sospecha de ti, si te atracaran...

Sophie observó la significativa expresión de aquellos cuatro hombres. Esbozó una sonrisa, un tanto forzada.

—Comprendo... —musitó—. Vosotros me consideraríais culpable de todo lo que pudiese ocurrir...

—Es que no ocurriría nada, querida —dijo, muy suavemente, Wickard.

Sophie asintió con la cabeza.

—Muy bien, no: soy tonta —dijo secamente—. Si yo intento abandonaros, abandonar mi puesto, me ejecutaríais.

—Digamos que procuraríamos cubrirnos de tus posibles errores —murmuró Wickard.

—¿Y sí la Policía llega acusándome?

—¿De qué? Quien menos sabrá de todo esto es, precisamente, la Policía, Sophie.

—Tal vez... ¿Todos estáis de acuerdo en que debo seguir en mi puesto del instituto? —inquirió, mirando a los cuatro hombres.

Ninguno de ellos despegó los labios, pero su gesto era tan significativo como su silencio.

Sophie entendió bien.

—Como queráis... Es posible que tengáis razón —murmuró.

—Quisiera que no tuvieras dudas al respecto, Sophie. Esos espías habrán obtenido lo que nosotros buscábamos, habrán matado a *miss* Shepley, ocultado el cadáver, y..., por último, se habrán esfumado. Por tanto, hay que considerar esto con objetividad: se trata de un fracaso nuestro. Asunto olvidado. Pero, repito, no por ese fracaso vamos a desintegrar un grupo que ha obtenido buenos resultados hasta ahora. Olvidado, digo. Y no habré más discusiones al respecto, ni... deserciones. Cada uno de nosotros seguirá en su puesto, como si nada hubiese ocurrido.

Sophie asintió con la cabeza.

—Entiendo bien lo que dices, Wickard. Pero... ojalá no tengas que arrepentirte de esta decisión.

—Espero que no, querida.

—Bien..., ¿algo más? ¿Hemos de...?

—Nada. Por el momento, todos quietos. Vida absolutamente normal. No hay ningún trabajo en perspectiva. Cada uno a lo suyo. Conformémonos con este fracaso, y a esperar otra operación más afortunada. Eso es todo.

Bronson hizo un gesto de impotencia.

—No lo entiendo... Creo que esto lo recordaré mucho tiempo —rezongó—. Todo perfecto, y...

—Bronson, escucha esto: hemos de saber perder, no todo son éxitos en nuestra... digamos profesen. No. No todo son éxitos. Y..., es más: normalmente, en nuestro trabajo, si no se produce el éxito,

aparece el fracaso. Por regla general, en el espionaje el fracaso significa la muerte. Podemos, pues, considerarnos afortunados, porque del fracaso hemos salido bien librados.

—Sí... Encima habrá que celebrarlo —dijo Cutting.

—Sin tonterías —dijo Wickard—. No hay nada que celebrar, pero tampoco que lamentar.

—¿No? ¿Y lo que nos hubiese reportado el éxito de la operación? —rezongó William Wells.

—Eso es otra cosa... Es algo que en momento alguno hemos tenido en las manos. No es, pues, propiamente una pérdida. Tan sólo hemos dejado de ganar algo. La diferencia es sutil, pero existe.

Bronson dijo:

—No creo oportuno discutir más este asunto. Yo me marchó.

—Toma precauciones, Bronson —dijo Wickard.

—¿Sí? Gracias por la advertencia...

Y Bronson se largó.

Los demás le fueron siguiendo, hasta que quedaron solos Wickard y Sophie. El tipo, mirando con fijeza a Sophie, dijo:

—Espero que no me guardes rencor por mi decisión, Sophie. He pensado que es lo mejor para todos, y...

—Yo también me marchó —dijo Sophie, poniéndose en pie—. De todos modos, quisiera agregar algo. Del mismo modo que ha surgido la sorpresa en cuanto al fallo de nuestro plan con respecto a *miss* Shepley, pudiera surgir también en cuanto a lo que realmente ha sucedido, y que ignoramos. Y si surge la sorpresa, pudiera ser desagradable. Buenas noches.

III

EL dedito estaba discando los números de un teléfono. En la otra mano. Margo sostenía un vaso de *whisky*. Margo tenía problemas, que estaba intentando resolver. Tras haber discado el número, bebió una dosis un tanto exagerada, impropia de alguien que quiere beber pero manteniéndose sobrio.

Margo, a solas en su apartamento de University Drive, en Coral Gables, estaba cómoda exteriormente. Hacía calor, claro... Un calor que había cedido, no obstante, con las primeras horas de la noche. Aun así, era demasiado para Margo, a juzgar por su atuendo, compuesto por... casi un «bikini».

Margo estaba morenita. Ella no necesitaba, aún, tratamiento de belleza, ni cremas para el cutis. Le bastaban sus veintitrés años. Morenita, bien formada, con alegres ojos verdes, su hermoso cabello color bronce...

—Diga...

Era una voz cauta, ronca.

Margo se humedeció los labios, e inquirió:

—¿Me pone con *miss* Shepley, por favor?

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Una voz misteriosa, extraña; como... como si su propietario temiera algo.

—Soy una amiga.

—*Miss* Shepley no está.

—¿Seguro? Oiga..., díglele que la llama *miss*...

—No está.

Y el tipo colgó el teléfono, dejando a Margo con su aparato en la mano, suspirando. Volvió a beber, y se dijo que aquello, en realidad, era un éxito..., en cierto modo, claro. Colgó el teléfono y,

nerviosa, volvió a beber, para luego tirarse en el sofá de la preciosa y diminuta salita, con vistas al Club de Golf Riviera, con muchas luces, y la animación de muchos coches que iban llegando, con sus luces, con sus rugidos.

Se veían las palmeras de los jardines de University Drive, una pista que describe un arco, bien iluminado. En el club de golf, los campos de juego estaban a oscuras, solitarios, como lagos en paz.

De todos modos, nada de aquello interesaba a Margo aquella noche. Y pese a que lo estaba esperando, respingó cuando oyó la dulce campanita que sonaba cuando alguien apretaba el zumbador de su apartamento. Se puso en pie y fue a abrir, paseando una anatomía especialmente encantadora, joven, vibrante.

Abrió la puerta y dirigió una sonrisa al hombre; una sonrisa nerviosa, que se esfumó de inmediato al ver aquel rostro sombrío; aquellos ojos negros, penetrantes, de mirada severa, brillante. El tipo que tenía unos hombros casi ridículos, en apariencia al menos, pero una cara que expresaba una tremenda fuerza.

—¿Miss Margo Carey? —inquirió aquel hombre.

—Sí...

—Cordell, del

F. B. I.

Margo se humedeció los labios.

—Pase, por favor —murmuró.

Ken Cordell penetra en el agradable apartamento, miró con toda tranquilidad a Margo; sus redondos hombros, las piernas, la estrecha cintura, la forma que sugería la pieza superior del casi «bikini» blanco... Y Margo se sintió, de pronto, como desnuda; estúpida, enana... Era la primera vez que la mirada de un hombre la hacía enrojecer... Oh, ella ya sabía muchas cosas de los hombres, pero... aquel señor Cordell...

—Usted ha telefoneado a la Delegación del

F. B. I.

—dijo, de pronto, Ken Cordell.

—En efecto... Pero no se quede ahí. Pase a... a la salita. Yo me reúno con usted inmediatamente... Sírvase algo si gusta. Por favor...

Ella caminó, seguida por Ken Cordell y la torcida y breve sonrisa de éste, que encontraba una gracia primitiva, animal, en los

movimientos de Margo, con sus finas caderas airoas, con sus movimientos perfectos.

Al llegar a la puerta de la salita, Margo se volvió.

—Es aquí... Aguárdeme dos segundos...

Y corrió hacia su dormitorio, mientras que Ken Cordell, despacio, observándolo todo, pasó a la sala. En verdad, no había gran cosa que ver. Todo era corriente: el sofá, el televisor, el mueble bar, el revistero, el cenicero con colillas, el paquete de cigarrillos, el teléfono. Nada fuera de lo corriente.

Ken Cordell se sentó, esperando.

Menos de un minuto. Ella llegó sofocada, con una minicosa transparente, de color rosado; de gasa. Un estampado muy bonito, moderno. Y lo mismo podía ser un camisón, que una blusa, que nada... Le llegaba justo a las ingles.

Ken sonrió levemente, y dijo:

—Ha empeorado las cosas, *miss* Carey.

—¿He... he...?

—Siéntese.

—Sí, sí...

¡Qué tontería...! Se estiraba la minicosa de gasa, para cubrir lo imposible. Luego, se dio cuenta de que estaba haciendo el más espantoso de los ridículos, y se serenó, tras pensar que Cordell, con su cara de fuerza tremenda, no era más que un tipo. Uno más, si bien utilizaba una credencial del

F. B. I.

Así que su actitud se transformó un poco; más serena..., más provocativa...

—Puede empezar, *miss* Carey —dijo Ken Cordell.

—Ya les dije que me parece que se trata de un rapto.

—¿Por qué se lo parece? Espere, no diga nada aún. Piense un poco e inicie el asunto desde el principio, ¿de acuerdo?

—Sí...

—Deje el *whisky* ahora, por favor.

—Oh... Yo... Está bien... Se trata de... de *miss* Shepley. Liz Shepley. Ella es la mujer a la que creo que han raptado. Son muchos los detalles que me hacen sospechar eso. Y... por eso les he avisado.

—Liz Shepley... ¿Qué más sabe de ella?

—¿Puedo fumar? —inquirió, con una sonrisa ligeramente

burlona. Margo.

—Sí, desde luego. Permítame.

Oh, vaya... Resultaba que incluso el tipo con cara de fuerza sabía ser galante. Había extraído su propio paquete de «Melachrinos», y encendió un cigarrillo para Margo, la cual lo agradeció ampliando la sonrisa. Tras la primera chupada al cigarrillo, dijo:

—Le diré que *miss* Shepley es una mujer de unos treinta años, fea, rica y muy inteligente. Ayer tarde se estuvo burlando un poquito de mí. Ya sé que he resumido mucho, y voy a intentar ampliar datos, señor Cordell.

—Perfecto, *miss* Carey.

—Lo de treinta años y fea, es cosa suya, congénita; nació fea hace treinta años, y no hay más que hablar del asunto. En cuanto a lo de rica, es... una circunstancia. Es rica porque nació de unos padres ricos. No tengo el gusto de conocerlos. Del mismo modo, hace menos de un mes que conozco a *miss* Shepley. Bueno..., ya sabemos por qué es fea, rica, y que nació hace treinta años. Vayamos a lo de inteligente. Yo me he dado cuenta de que tiene una mentalidad muy superior... a la mía, por ejemplo, y conste que no me considero tonta del todo. Su inteligencia es... brillante, viva. ¿Me comprende?

—Sí. Prosiga.

—Sentí curiosidad por esa dama, y me enteré..., ni siquiera sé cómo, ésa es la verdad, que es algo grande en el campo científico, sin que pueda precisar en qué campo. Ella no habla de eso, al menos conmigo. Tal vez me considere un ser inferior, o bien tenga por costumbre no hablar de su ciencia, de su gran cerebro.

Ken Cordell escuchaba atentamente. Le parecía un tanto peculiar la manera de expresarse de Margo, pero la entendía bien.

—¿Tiene ya una idea de quién es *miss* Shepley? —inquirió Margo.

—Por supuesto. Ahora, diga: ¿qué le hace sospechar que ha sido raptada?

—Bien... Ayer tarde, a las cinco y media, terminaba mi turno, y... Oh, perdón, antes debo aclarar que trabajo en «Fisher's»;

es un Instituto de Belleza, situado en el novecientos ochenta de la

N.

W. Tres

Street.

Ken Cordell asintió con la cabeza y pareció elegir aquel momento para encender un cigarrillo, sin demostrar que había algo que le había causado cierta impresión; concretamente, la valía científica de *miss Shepley*. Era, sin duda, un dato a tener muy en cuenta.

Margo, entendiendo que el hombre del

F. B. I.,

estaba atento, prosiguió:

—Le decía que a las cinco y media terminé mi turno, y mi salida casi coincidió con la de *miss Shepley*. Yo estaba en la puerta del «Fisher's»,

con... la esperanza de que alguien hubiese ido a buscarme, pero no era así. Había visto a *miss Shepley*, que avanzaba hacia su coche, un «Fairlane» azul no demasiado nuevo, moderno quiero decir. La vi, y noté algo extraño en ella, ¿sabe? Por el momento no me interesó demasiado ni pude precisar... Yo estaba atenta a lo mío. Luego..., en vista de que tendría que regresar sola a casa, miré hacia donde había visto antes a *miss Shepley*, y ya no estaba.

—¿No se metió en el coche? —inquirió Ken.

—No, no... Me intrigó un poco, y la vi aún... fugazmente, ésa es la verdad. Y..., bueno, ya sé que usted me va a decir que sueño, que soy una fantástica, pero, repito, pude verla fugazmente, antes de doblar la primera esquina, y la vi con un hombre. Pero casi no me fijé en el hombre, porque *miss Shepley* atrajo toda mi atención. Iba casi con los ojos cerrados, como dormida... No sé..., es una impresión tonta, quizá, pero... La vi pálida, insegura, dormida... Todo, ya digo, en un instante. Pero ésa es la impresión que recibí, y eso es lo que tengo que explicarle a usted, señor Cordell. ¿O es inútil contar mis impresiones?

—No lo es.

—Vaya..., le agradezco que me tome en cuenta —sonrió Margo.

—Siga.

—Pues... desapareció por la esquina.

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿Nada más? ¿Qué pasó con el coche? Me refiero al «Fairlane».

—Oh..., no sé...

—¿Tenía chófer *miss* Shepley?

—Pues sí...

—¿Y ese hombre no se preocupó de ella?

—Lo ignoro... Yo... caminé hacia la esquina, y ya no vi rastro alguno de *miss* Shepley. Bastante perpleja, ésa es la verdad, seguí mi camino, reflexionando. Primero: *miss* Shepley es una mujer fuerte, sana. No dejaba de resultar extraño su aspecto adormilado, vacilante, su palidez. Segundo: se alejaba de su coche, en lugar de acercarse. Tercero: el hombre que iba junto a ella. Un tipo... repugnante.

—¿No dice que apenas se fijó en él?

—Sí, así es. No obstante, una puede recibir una primera impresión imborrable, en un segundo. ¿No es cierto?

—Lo es. Aclare una cosa: ¿a qué se refiere al calificar de «repugnante» al hombre que iba con *miss* Shepley?

—Pues... su aspecto. Oh, bueno, le entiendo... Se trata de un hombre correctamente vestido, afeitado, con una cara normal, pero... su manera de hacer..., su expresión, el bigotito rubio... Su cara de guapo... No sé si me explico, señor Cordell, pero el hombre al que vi con *miss* Shepley jamás formaría parte de mis amistades. Si algo no soporto, son los..., ¿puedo decirlo?, los «gigolós», hampones guapos... Y si me equivoco, presentaré mis excusas.

—Está bien. ¿Qué sabe de *miss* Shepley?

—Ha desaparecido. Esta mañana llamé a su quinta, y no estaba. Lo mismo he hecho instantes antes de que llegara usted, con el mismo resultado. Y es claro que algo sucede, ya que se pone al teléfono el padre de *miss* Shepley, y se limita a decir que su hija no está. Su voz es... sugerente; de miedo; es ronca...

La mirada de Cordell estaba velada en aquellos momentos por el humo del cigarrillo.

—Y usted, *miss* Carey, piensa que el padre de *miss* Shepley tiene ya aviso de los raptos de su hija, y que no quiere hablar, y ni siquiera ha denunciado el rapto al

F. B. I.,

por miedo a que algo le ocurra a su hija. Hablemos claro: por miedo a que la maten. Es... muy propio de los secuestradores tratar de

apartar de un rapto a la Policía...

—Exacto, señor Cordell. Eso es lo que he pensado.

—De acuerdo... Tenemos que *miss* Shepley ha desaparecido hace más de veinticuatro horas, de un modo... extraño, y que su padre se muestra reservado, como si tuviera miedo, y no ha denunciado la desaparición a la Policía, ni al

F. B. I.

Seguramente, tomaremos en serio su denuncia de secuestro, *miss* Carey. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Oh, sí...

Cordell se puso en pie. Con leve sonrisa, miró a Margo con atención. Ella, pese a que quería mostrarse desenvuelta, enrojeció de nuevo.

—Otra pregunta antes —dijo Cordell—: ¿qué sabe del coche y su conductor?

—Nada... Y, es claro, el chófer tiene que saber algo... Tuvo que regresar a casa de *miss* Shepley, y contarle al padre de ella lo ocurrido. Es lo normal, digo yo. ¿No?

—Eso parece. Tampoco el chófer, pues, despega los labios en lo concerniente a la desaparición de *miss* Shepley...

—¿Cómplice? —inquirió, con los ojos brillantes, Margo.

Ken sonrió.

—Tal vez —dijo.

Tomó el teléfono, escuchó la señal y disco el número de la Delegación del

F. B. I.

Un instante más tarde recibía respuesta:

—Inspector Raleigh.

—Cordell, señor.

—¿Qué hay? ¿Hay caso?

—Creo que sí. Por el momento, es necesario que dos dibujantes se presenten en el domicilio de *miss* Margo Carey; ya sabe las señas. Ella describirá a un hombre, y... Oh, bueno, no voy a enseñar ahora a los dibujantes lo que tienen que hacer. Eso, por un lado. Por otra parte, necesito informes muy confidenciales con respecto a *míster* Shepley, el padre de la mujer desaparecida. Y de ella misma. Hay más, señor: alguien tendrá que investigar, con absoluta discreción, el nombre y datos del chófer de los Shepley. El coche de éstos es un

«Fairlane» no muy moderno...

—No está mal, Ken... Va en serio, entonces.

—Sospecho que sí.

—Vaya... Me pregunto por qué no ha cursado la denuncia el propio míster Shepley.

—Y yo, señor. Se supone que tiene miedo de que intervenga el F. B. I.,

y los raptos de su hija se enteren. Es corriente, de todos modos.

—Sí... Hay dinero de por medio, claro.

—Míster Shepley, al parecer, lo tiene, señor. De todos modos, no hay que desdeñar otras posibilidades relacionadas con el rapto o desaparición de *miss* Shepley, puesto que se trata de una autoridad científica, según tengo entendido. A este respecto, habrá que profundizar al máximo.

—Entonces..., ¿se complica el caso, Ken?

—Todos son complicados, señor.

—Claro... Mando a los dibujantes, y trataré de averiguar el máximo sobre los Shepley, en el mínimo de tiempo. Asimismo, veremos qué pasa con el chófer y el «Fairlane». ¿Eso es todo?

—Por ahora, señor.

—¿No harás preguntas directamente a míster Shepley?

—Prefiero esperar los primeros informes.

—Comprendo... ¿Dónde te llamo?

—Es posible que me reúna con usted en la Delegación. Si no, en mi apartamento, a cualquier hora.

—Bien, Ken... Hasta luego, entonces.

Ken Cordel colgó el teléfono y reflexionó unos instantes, antes de volverse hacia Margo. Mirándola a los ojos, inquirió:

—¿Ha hablado de esto con alguien más, *miss* Carey?

—Yo...

—Vamos, dígalos. Tengo que saberlo, simplemente.

—Pues... lo comenté, a la ligera, es verdad, con Sophie. Ella..., Sophie, es la encargada del Departamento de masajes y curas de adelgazamiento. También tenía cierta confianza con *miss* Shepley. ¿Sabe?, Sophie es más culta y lista que yo, y se rió cuando le dije lo que sospechaba...

—¿Sólo eso? ¿Sólo rió?

—Sólo...

—¿Ningún comentario?

—No...

—¿Aquella tarde estuvo *miss* Shepley bajo los cuidados de Sophie?

—Sí, claro. Sophie es la masajista, ya se lo he dicho. La última sección visitada por *miss* Shepley.

—Entiendo... Usted dice que vio a *miss* Shepley como... dormida, vacilante, sin energías... ¿Es corriente después de los masajes?

—No, no... Todo lo contrario, señor Cordell. Los masajes revitalizan. Por lo menos, los masajes bien practicados. Y me consta que Sophie conoce su profesión.

—Ya...

—¿Va a interrogar a Sophie? —inquirió Margo.

Cordell, pensativo, la miraba. Miraba hacia el pecho de Margo, y ésta, cuando hinchó un poco el busto, se dio cuenta de que el hombre del

F. B. I.,

tenía la mirada perdida, y que lo mismo daba que estuviera mirando un bonito busto de mujer, que la reproducción de la hormiga.

—Diga..., ¿va a interrogarla? —suspiró Margo.

—Tal vez... Puede aportar algún dato. Cabe la posibilidad de que *miss* Shepley se sintiera mal en la sala de masajes... En este caso, Sophie podría decirnos lo que ocurría con ella. Aunque no ayuda mucho eso, es la verdad... Aun así, *miss* Shepley pudo decir algo de interés a Sophie, aunque ésta no recuerde el dato y su importancia. Buenas noches, *miss* Carey. Por favor, esté atenta a la llegada de dos dibujantes. Usted les describirá a ese hombre... «repugnante» que iba con *miss* Shepley. Posiblemente, la vuelva a interrogar.

Y caminó hacia la salida, dejando a Margo desencantada, con todos sus encantos.

Y sola...

¿Aquella era toda la emoción que iba a obtener?

Oh..., necesitaba un poco de *whisky*.

Y, con suerte, los dibujantes del

F. B. I.,
podían ser más... amables que el señor Cordell...

IV

SIN dejar de mirar al inspector Raleigh, Ken Cordell aplastó la colilla en el artístico cenicero del escritorio.

—Parece que ha sido fácil, ¿no, Ken? —dijo el inspector.

—Bueno..., esto no es más que un informe comercial, en realidad. Aquí dice que míster James Shepley es accionista de una importante sociedad, propietaria de una cadena de gasolineras. Además, por su cuenta, míster Shepley explota varios establecimientos de venta de recambios para automóviles. Se insinúa que su fortuna es del orden de los tres millones de dólares, lo cual no está nada mal. En el orden personal, hay poca cosa. Viudo, cincuenta y dos años, con una hija llamada Liz Shepley, la cual, por lo visto, no es tan importante ni lista como afirma Margo Carey. Por lo menos, apenas se le concede importancia en este informe.

—Indica que se dedica a la investigación espacial.

—¿Sí? ¿Es suficiente, señor?

—No... No, claro... Habrá que enterarse de qué estaba haciendo últimamente, y si trabajaba de modo privado, o por cuenta de alguna empresa, o incluso del Gobierno. Al respecto, creo que es en Washington donde podrán recopilar los datos que precisamos.

—Que confirmen su categoría, e indiquen trabajos actuales, y por cuenta de quién.

—De acuerdo... Todo eso está muy bien, Cordell, pero no creo que conduzca a nada positivo. Si le han pedido dinero a míster Shepley a cambio de la devolución de su hija, se trata de un simple rapto.

—Tal vez. Pero «no sabemos» si le han pedido dinero a míster Shepley.

—¿Y no piensas enterarte?

—¿Qué se sabe del chófer de los Shepley?

—Nada. Phil Lester, desaparecido hace veinticuatro horas; más o menos, como *miss* Shepley. Tampoco ha denunciado *míster* Shepley la desaparición del chófer.

—¿Y el coche?

—No sé nada de eso...

Ken miró la hora en su reloj de pulsera.

—Son sólo las diez de la noche, señor. Espero que a *míster* Shepley no le parezca una molestia mi visita.

—Es lo más sensato, Ken. Mientras, nosotros pediremos a Washington datos sobre Liz Shepley, al mismo tiempo, comunicamos su secuestro. Por otro lado, los dibujantes están con Margo Carey, y tal vez obtengamos algo interesante. Sin embargo, como actuación directa, abierta, conviene saber todo que *míster* Shepley sepa sobre el secuestro de su hija.

Ken estaba pensando en aquellos momentos.

—¿Me has oído, Ken?

La negra mirada de Ken se posó en los ojos del inspector.

—Sí... Le he oído, señor. Y..., suponiendo que los secuestradores no le hayan pedido dinero a *míster* Shepley, habrá que abrir un nuevo horizonte al caso... La importancia científica de Liz Shepley no podemos confiarla a un chapucero informe comercial, ¿comprende?

—Sí..., por supuesto. Tal vez no se trate de un simple rapto, ¿eh?

—Ya veremos. Hasta luego. Comunicaré con usted, por si sabe algo de Phil Lester, del coche y del dibujo facilitado por Margo Carey. Sería interesante profundizar al máximo sobre el chófer, puesto que pudo ser cómplice..., o bien una víctima.

—¿Una víctima? ¿Por qué? Si el chófer estaba en el «Fairlane» y no se dio cuenta de la desaparición de Liz Shepley, lo lógico es que regresara a la quinta, o denunciase los hechos a la Policía. Y no ha ocurrido ninguna de las dos cosas. Simplemente, ha desaparecido. En mi opinión, es cómplice, Ken.

—Parece claro, pero... Hasta luego, señor.

Ken Cordell abandonó el despacho del inspector y la Delegación del

F. B. I.

Fue hacia el «*parking*», e instantes más tarde, con un «Melachrino» colgando entre sus labios, se metía en su «Hillman» verde oscuro, y puso el coche en marcha.

Quince minutos más tarde, penetraba en Franklin Avenue, en Coconut Grove, junto al mar, muy cerca de Coconut Grove Sailing Club, donde había un embarcadero muy espacioso, con gran número de naves de todas clases, predominando las deportivas, con sus velas blancas, con sus cascos; los yates iluminados, que parecían agujerear con sus luces el agua negra del mar; agua quieta, con reflejo de luna rojiza.

La quinta de los Shepley estaba situada en el 320 de Franklin Avenue, ya casi tocando la arena de la solitaria playa, con cocoteros a todo lo largo, con los delgados troncos doblados, como las hojas, impulsadas por la brisa.

Ken detuvo el coche cerca de los cocoteros, fuera del recinto de la quinta, que no era ni muy grande, ni correspondía al excelente informe financiero obtenido de míster Shepley. Por otra parte, había que tener en cuenta que los Shepley se encontraban en Miami en plan de reposo, según las primeras investigaciones; según los preliminares. La quinta la habían alquilado; simplemente, alquilado. Y si no era demasiado buena, sí era tranquila y magníficamente situada.

Los Shepley no eran de Miami. Eran del Norte, de Nueva York.

Mientras repasaba mentalmente los detalles, confundidos de cuando en cuando por una hermosa pierna de Margo, el hombre del F. B. I.,

penetró en el recinto de la quinta, cuya verja de hierro estaba abierta, y vio luz en el edificio.

Sin el menor contratiempo, se encontró llamando.

Tras unos segundos de espera, se abrió la puerta y apareció un hombre que, en cierto modo, correspondía muy poco a la imagen que uno se formaba sobre míster Shepley, el hombre rico.

—¿Qué quiere? —musitó aquel hombre.

Ante el tono de voz, Ken pensó que Margo había tenido motivos bien fundados para afirmar que míster Shepley estaba asustado.

—¿Míster Shepley? —inquirió Ken.

—Sí...

—Ken Cordell, del
F. B. I.

¿Puedo hablar con usted?

El hombre inclinó la cabeza.

—Sí... —musitó—. Pase, por favor.

Se hizo a un lado, dejando entrar a Ken, quien paseó rápidamente la negra mirada por el vestíbulo. Todo estaba a oscuras, excepto una estancia, que debía ser una salita, a juzgar por lo que veía el federal.

—Supongo que sabe de qué vamos a hablar, señor Shepley —dijo Ken.

—Bien... Yo... Pero pase. Ahí. Y tome asiento.

Una salita, sí. Y desordenada. No obstante, míster Shepley si bien era hombre desordenado, no fumaba en exceso, ni probaba el alcohol. No había huellas en ese sentido, y, normalmente, un hombre que atravesaba las circunstancias de míster Shepley desahogaba de algún modo su nerviosismo.

Y míster Shepley, por su constitución física, debía pertenecer al tipo nervioso. De mediana estatura, increíblemente delgado, con los cabellos ralos, color ceniciento, los ojos cansados, vestido descuidadamente... Un hombre que parecía agotado en aquellos momentos. Muy bien, eso era comprensible.

Se sentaron ambos, y Ken fue al grano:

—¿Ha recibido ya algún comunicado de los secuestradores, míster Shepley?

—¿Cómo lo han sabido ustedes? —musitó.

—Eso no importa. Responda, se lo ruego.

—Yo... No... No he recibido comunicado alguno señor Cordell. Por otra parte, ignoro aún si es cierto que mi hija ha sido secuestrada. Creo que..., en fin, supongo que de tratarse de un rapto, yo hubiese tenido ya noticias, con la consiguiente petición de dinero.

—Es extraño... No entiendo la demora de los secuestradores... ¿Sabe algo de Phil Lester?

—No... No ha regresado... Salió con Liz...

—Entonces, usted, simplemente, está esperando noticias.

—Así es.

—¿Por qué no habló de esto con el

F. B. I.?

—Señor Cordell..., ¿no lo entiende? No he recibido instrucciones en sentido alguno, pero... no quiero que mi hija corra el menor riesgo, y mucho menos por mi culpa. Yo..., por el momento, he preferido callar, esperando noticias... Ya veo que transcurre el tiempo, y... estoy muy inquieto... ¿Qué más puedo decirle? He pasado horas de angustia, de desorientación, de miedo... No me he separado del teléfono, siempre esperando la llamada...

Ken observaba atentamente a aquel hombre.

Parecía sentir más interés por mirarle, por observarle, que por lo que decía. Bien..., no era el míster Shepley que esperaba encontrar Ken, pero ¿qué significaba eso, en definitiva? No todos los ricos y viudos han de ser calvos, barrigudos, sonrosados, con ojos de malicia y lujuria más o menos contenida.

—¿Qué piensan hacer ustedes, el

F. B. I.?

—inquirió, de pronto, míster Shepley.

—Encontrar a su hija, míster Shepley.

—Su actuación puede poner en peligro la vida de Liz.

—Tal vez... Pero caben las mismas posibilidades de que podamos ponerla a salvo.

—Oigan..., no es seguro que se trate de un secuestro...

—¿Entonces?

—No sé...

—¿Suele hacer... escapadas su hija?

—No...

—¿Y la desaparición de Phil Lester, el chófer?

—No sé... No sé nada de ella, ni del chófer.

—¿Usted ha pensado algo con respecto a ellos?

—Oh, vamos... Liz con el chófer... No.

—No, desde luego. No parece probable, y es sólo cuestión de mentalidades. Dígame, ¿usted está al corriente de la capacidad científica de su hija?

—Oh..., yo tengo mis negocios... Lo único que puedo decirle, es que me siento orgulloso de ella, eso sí. Pero nada más. No entiendo su trabajo, sus estudios...

—Está bien... ¿Se da cuenta de que no colabora, míster Shepley?

—¿Y qué quiere que haga? ¡No tengo noticias!

—Ya... Diga, suponiendo que las tuviera, ¿hubiese comunicado con nosotros?

—Eso lo ignoro. Depende de los términos en que deba hacerse el trato, si es que, repito, se trata de un secuestro por dinero. No puedo decirle más, lo siento. Y... quizá usted tenga razón, debí avisarles, pero sólo hace unas horas que han transcurrido las veinticuatro oficiales. Es... es ahora cuando empiezo a inquietarme de verdad... ¿No lo comprende? Yo... entiendo que quieren desesperarme, para que luego acepte sus tratos sin condiciones. ¿Lo entiende?

—Sí, y es posible. Señor Shepley..., ¿cree conveniente que un hombre del

F. B. I.,

esté junto a usted?

—¿Para qué? Imagine que nos están vigilando, que se enteran... Señor Cordell..., sé muy bien que usted trata de cumplir con su obligación, pero, por favor, déjeme recapacitar si es que, quien sea, llama. Le aseguro que no tomaré decisiones precipitadas... Y si llego a la conclusión de que debo contar con ustedes, se lo haré saber. Por el momento, es cuanto puedo decirle. Y...

En aquel momento sonaba el teléfono.

Míster Shepley respingó vivamente, mientras que Ken miraba el aparato con los ojos entornados. Hizo un simple gesto, que míster Shepley interpretó, y fue hacia el aparato, descolgando.

—¿Sí? —musitó.

Tras un suspiro, míster Shepley miró a Ken, y murmuró:

—Es para usted, señor Cordell.

—Vaya...

Ken fue hacia el aparato; lo tomó.

—Cordell —dijo.

—Ken, ha sido hallado el «Fairlane». Solo, naturalmente. Ha sido abandonado en un bosque de Race Track. En estos momentos he desplazado a un equipo para que tome huellas. ¿Te interesa?

—Todo es importante, señor.

—¿Qué pasa ahí?

—Nada.

—¿Qué tal Shepley?

—No sé... No estoy seguro de nada, señor.

—¿Crees que te miente en algo?

—Pues... sí. Creo que sí. De todos modos, es difícil tener la seguridad, y muy arriesgado tomar decisiones peligrosas.

—Bien... Lo mejor será que vayas al coche y desde ahí te pongas al habla conmigo, por radio. Veo que tienes algo que decirme.

—En efecto, señor.

—¿Quieres que envíe vigilancia a la quinta de los Shepley?

—Sí...

—Está bien. Clifford sale hacia ahí.

—De acuerdo, señor. Hasta luego.

Ken colgó el teléfono y miró a míster Shepley.

Dijo:

—Ha sido hallado el coche. Vacío. Abandonado.

—Dios mío...

—¿Y bien? ¿Sigue insistiendo en que me lo ha dicho todo?

—Claro que sí...

—Entonces, buenas noches, míster Shepley. Tendrá noticias nuestras, seguramente. Y... antes de decidir la no participación del F. B. I.,

en este asunto reflexione bien.

Sin más, Ken Cordell salió de la casa, del recinto de la quinta, y se metió en su coche, entre cocoteros, en la oscuridad, lo suficientemente lejos de la quinta. Con la radio buscó conexión directa con el inspector Raleigh. Un instante más tarde oía la voz del inspector:

—¿Qué hay, Cordell?

—Dice que no ha recibido comunicación alguna de los secuestradores. Es falso, señor.

—Ken..., apuntaste la posibilidad de que no se tratase de un rapto corriente.

—Ya sé... Pero ¿qué pinta, entonces, la desaparición del chófer? Me desconcierta no poco, señor, a menos que las cosas fuesen tremendamente sencillas.

—¿Qué quieres decir?

—Según la declaración de *miss* Margo Carey, el coche de los Shepley estaba esperando a *miss* Shepley. Teniendo en cuenta que *miss* Carey me pareció una chica observadora, no tengo por qué dudar de esa afirmación. Por tanto, lo que pudo ocurrir es que el

chófer viese algo, y siguiera con el «Fairlane» a los secuestradores. Éstos le descubrieron y le mataron, abandonando lejos el coche. Bien..., es simple, ¿no?

—Pudo ocurrir... Rapto con un crimen..., de momento, entonces, ¿eh?

—Sí...

—¿Crees que es una buena razón para que los secuestradores demoren su comunicación con míster Shepley?

—Es una pésima razón. Deberían darse prisa, lógicamente.

—Claro... Y, por eso, tú llegas a la conclusión de que James Shepley miente.

—Pues así es, señor.

—Por miedo a que su hija muera, ¿eh?

—Supongo. Bien... Envíe a Clifford, y que esté atento. ¿Terminaron los dibujantes?

—Sí.

—¿Ha ido bien?

—No sé... Se está buscando en los Archivos.

—De acuerdo. ¿Y Washington?

—Hasta ahora, silencio.

—Entonces, hasta mañana. Que Clifford abra bien los ojos; es importante. Mantendré contacto con la Delegación esta noche.

—De acuerdo.

Ambos cortaron la comunicación. Ken guardó silencio, y luego puso el coche en marcha, desapareciendo de la zona. Ejerció vigilancia desde un lugar cercano, hasta, que vio llegar a Clifford.

La presencia de un agente del

F. B. I.,

en el

«Fisher's»,

a ruego del dueño, tenía que pasar inadvertida. A Ken Cordell le importó muy poco que le habilitaran un despachito, para solucionar los asuntos que le habían llevado al Instituto de Belleza. Y la primera en llegar fue Margo, con el uniforme del Instituto, una bonita bata, ceñida a la cintura, con lo cual su busto y sus caderas adquirirían el justo relieve. Margo, lástima, entró sonando un poco estúpidamente. Creyó que se sentía ya más segura ante la cara de

fuerza, pero... la mirada negra, brillante de Ken, la apabulló.

—Señor Cordell...

—Buenos días, *miss* Carey.

—¿Para qué me necesita?

—Sólo para darle las gracias. Su descripción del hombre que iba con *miss* Shepley es buena, aunque sólo le viera usted un instante. Hemos encontrado su expediente. Todo un ángel... —rezongó.

—Vaya... Entonces, todo es cierto, ¿eh? Raptada.

—En efecto.

—Me alegro de haber colaborado. Yo...

—Una pregunta más: ¿vio si el chófer de *miss* Shepley estaba dentro del coche?

—Lo siento... No me fijé.

—Está bien. Es todo, entonces. Repito nuestro agradecimiento.

—Pero... ¿ya está? ¿No sabré lo que...?

—Sabrá cómo termina esto, no le quepa duda.

—Oh...

Parecía decepcionada. En aquellos momentos se abrió la puerta de aquel saloncito, y apareció la mujer de los ojos violeta y cabello dorado. Llevaba la misma bata que Margo, pero había entre ellas diferencias esenciales. Al verla, Ken Cordell entornó levemente los ojos, observando la auténtica calidad de aquella mujer, Sophie Hale, la cual, a su vez, parecía encontrar obsesionante a aquel hombre de hombros aparentemente ridículos, pero con cara de fuerza, de tremenda fuerza.

—Puede irse, *miss* Carey —murmuró Ken, sin dejar de mirar a Sophie.

V

HABÍA que comprenderlo, y Margo emprendió una retirada discreta, dejando solos al hombre del F. B. I.,

y a Sophie. El silencio aún duró unos instantes, mientras Ken observaba el hermoso rostro, de serena belleza. Luego, dijo:

—¿Quiere sentarse, *miss* Hale?

Ella obedeció, en silencio.

—He querido hablar con el doctor que mandó el tratamiento a seguir por *miss* Shepley, pero está ausente. En tal caso, usted podrá serme útil, espero. Tengo entendido que usted cuida de la sección de masajes y curas de adelgazamiento.

—Así es —murmuró Sophie.

—Bien... *Miss* Shepley salió a la calle en malas rendiciones físicas. Piénselo bien, antes de responder a mi pregunta, *miss* Hale: ¿es posible que ese tratamiento conduzca en algún momento a un estado como... de hipnosis, de sueño, de falta de fuerzas?

—Oh, no... En absoluto, señor Cordell. Por otra parte, cuando *miss* Shepley salió de la sala de masajes presentaba un excelente aspecto. El masaje no puede producir jamás esos efectos. En cuanto a la inyección prescrita por el doctor, es totalmente inofensiva en cuanto a... hipnosis, o sueño, o falta de fuerzas... Es un compuesto vegetal, en realidad... Está claro que puedo proporcionarle todos los datos relativos a las inyecciones que... Pero..., un momento... ¿Trata de decir que *miss* Shepley salió de aquí narcotizada?

—Sólo intento hallar justificación al hecho de que estuviera pálida, con los ojos casi cerrados, y pareciera muy débil —dijo Cordell—. He hecho preguntas a los encargados del bar, y sé que no

se entretuvo. Salió de aquí a las cinco y media en punto, y...

—Recuerdo que dijo tener prisa, sí... Ésa es, exactamente, la hora en que salió. Supongo que si tenía prisa no se entretendría en el bar... Por otra parte, sería la primera vez que alguien fuese narcotizado en este establecimiento, señor Cordell.

Ken reflexionó unos instantes.

Luego, miró a Sophie a los ojos, y dijo:

—Está claro que usted se ha desprendido ya del envase que contenía el líquido inyectable.

—Por supuesto... ¿Cómo iba a saber...?

—Entiendo, no es su culpa. Por otra parte, no parece que existan muchas probabilidades de que alguien pueda sustituir la inyección... ¿O sí?

Sophie pestañeó.

—¿Quiere decir que alguien pudo sustituir la auténtica inyección por el narcótico? Bueno..., no sé... Es sorprendente, señor Cordell, pero... Me resulta difícil responder a eso. Puede ser, no cabe duda, pero, personalmente, me resisto a creerlo. Además, no noté ninguna diferencia en la ampolla de la inyección con las anteriores. No obstante..., teniendo en cuenta que era la última inyección...

—¿La última?

—Me refiero a la última de un estuche de seis, también la última del tratamiento. *Miss Shepley* dijo que prefería dejarlo ya.

—Entonces, tendrá que responder a esto, *miss Hale*: ¿pudo ser sustituida la ampolla?

Sophie parecía indecisa.

—Pudo ser sustituida —dijo—. Pero, entienda: lo dudo. En realidad, hasta creo que estamos disparatando.

—No lo creo... *Miss Shepley* ha sido raptada. Lo hicieron al salir de aquí, de este Instituto. Y... podría ser, por tanto, que se la... preparase para el secuestro aquí. *Miss Shepley*, según tengo entendido, vivía... apartada. Sólo frecuentaba el centro de la ciudad en sus días de visita al Instituto. Por consiguiente, todo indica que la idea ha podido partir del «Fisher's».

Mire esta fotografía.

Era la del tipo «repugnante» descrito por Margo. Bigotito rubio,

cara de hampón, de «gigoló» a vez... Aunque el secuestro, actividad peligrosa, lo desmentía. Sophie la miró atentamente.

—¿Le ha visto alguna vez? —inquirió Cordell.

—No...

—¿Está segura?

—Completamente.

—¿Ni siquiera esperando a alguna de las empleas del «Fisher's»?

—Pues no... Lo siento, señor Cordell, pero no he visto jamás a este hombre. Supongo que está tratando de decir que este hombre sostiene relaciones cuales sean, con una empleada nuestra, y que tal empleada ha podido ser cómplice, sustituyendo le auténtica inyección por un narcótico... Me parece excesivamente arriesgado...

—Ha podido ocurrir.

—Sí..., quedamos en que ha podido ocurrir Pero..., cuando se inyecta un narcótico, la persona receptora se duerme inmediatamente. Es lo que yo creo, al menos... No he oído decir jamás que una persona narcotizada vaya sonámbula por la calle...

—Entonces, ¿ignora que hay sueros con efectos retardados?

Sophie sonrió, como disculpándose.

—No es mi oficio, señor Cordell... —dijo—. Pero si usted dice que existen esos sueros...

—Por supuesto. Y, ¿sabe?, la forma de estudiar el rapto de *miss* Shepley, y de llevarlo a cabo despierta mi admiración... Ha sido un plan perfecto. La anestesian aquí dentro, sale medio dormida, y no opone la menor resistencia a nada ni a nadie. No hace falta violencia, ni discusiones, ni amenazas, ni escándalo entre la gente... Nada. Simplemente, agarrarla tranquilamente de un brazo y llevársela, como si fuera la cosa más natural de mundo.

—Señor Cordell..., usted está acusando ya, de un modo abierto, a alguien del Instituto... —musitó Sophie.

Ken sonrió secamente.

—Pero usted no comentará con nadie mis sospechas, *miss* Hale —dijo.

—Oh, no...

—El

F. B. I.,

establecerá una estrecha vigilancia aquí. No se harán más preguntas a nadie, pero estoy seguro de que alguna empleada, o empleadas de otras secciones, nos conducirá hasta ese hombre cuya fotografía aún tiene usted en la mano, que se llama Owen Clayton.

Sophie, entonces, pareció darse cuenta de que tenía la fotografía, y la devolvió.

—Bien..., ¿puedo hacer algo, señor Cordell? —inquirió—. ¿Sabe?, Margo me hablaba de esto, pero... ¿cómo tomar en serio a Margo? Aunque, es claro, usted puede tener de ella muy distinta opinión a la mía... Es bonita, y...

—Me interesan más las mujeres con cerebro, *miss* Hale. Margo, pese a todo, ha demostrado que puede llegar a pensar. Pero no siempre. Y..., ¿por qué no?, en este asunto ha intervenido el azar... En cuanto a su ofrecimiento para colaborar..., no se me ocurre qué pedirle en estos momentos, *miss* Hale.

—Puedo vigilar a la gente... Tal vez descubra al posible culpable del cambio de inyecciones...

—Por favor. ¿Cree que alguien lo intentará de nuevo?

—No sé. Lo más probable es que no, pero... ¿por qué hemos de pensar que el caso de *miss* Shepley es único? Aquí viene mucha gente, de distintas condiciones, señor Cordell. Muchas veces, se trata de mujeres que viven solas, y han podido ocurrir muchas cosas, sin que nadie tenga conocimiento de ello... En fin, creo que estoy fantaseando —sonrió Sophie.

—Puede tener razón. De acuerdo... Vigile, *mis*. Hale.

—Lo haré... Es... asombroso, señor Cordell. No deben tener idea de cómo encontrar a este hombre ¿verdad?

—Es la parte difícil del caso, ciertamente —respondió Ken—. Más o menos, podemos reconstruir el rapto: se anestesia con efectos retardados a *miss* Shepley, y es tranquilamente recogida en la calle por Owen Clayton, y conducida a un coche. El chófer de los Shepley advierte algo, sigue al coche de los secuestradores, pero es descubierto asesinado. Más o menos, así ocurrieron las cosas. Lo difícil, claro, es encontrar a Owen, y saber dónde tienen a *miss* Shepley. No obstante, se han resuelto casos peores.

—Yo... intentaré ayudarles. Si alguien se introduce en mi gabinete...

—Cuidado, *miss* Hale. Nadie debe saber lo que sospechamos.

Incluso usted podría correr peligro.

—Oh... Sí, entiendo...

—Por otra parte, no creo que el promedio sea de secuestro cada dos días.

Sophie sonrió.

—Me había entusiasmado la idea de encontrar al cómplice —dijo.

—Podría ocurrir, pese a todo...

—Suponiendo que descubra algo, ¿puedo llamarle por teléfono?

—Se lo ruego. Estaré en la Delegación del F. B. I o en mi apartamento. Mi tarjeta.

Sophie echó un vistazo a la tarjeta que le entregó Ken, y luego la guardó en el bolsillito superior de la bata, arqueándose la cartulina, tomando la forma del seno de Sophie. Ésta observó que Ken a miraba, precisamente allí.

—Señor Cordell... ¿Y si... llamara por simple curiosidad? ¿Le molestaría? Me ha intrigado mucho...

Ken la miró a los ojos, y luego sonrió levemente.

—Llame cuando quiera, Sophie —murmuró.

—Bien... Posiblemente estamos pensando cosas distintas, señor Cordell... Pienso que los dos somos personas demasiado serias. ¿No cree que juntos nos aburriríamos?

—Me sorprende, Sophie... ¿Cree de veras que la seriedad implica aburrimiento?

—Bien..., he dicho, seguramente, una tontería, Ken —sonrió—. Supongo que usted está muy ocupado ahora, de todos modos. No quiero ser una molestia en su trabajo. Le llamaré si ocurre algo que valga la pena.

—Gracias, Sophie. Espero que volveremos a vernos.

—¿Por qué no?

Y Sophie se puso en pie.

Ken la miraba, tranquilo. La vio partir, con su suave caminar, con gracia en los movimientos; elasticidad, juventud... Y Ken, a solas, encendió un «Melachrino», y fumó, reflexionando. Aún tardó unos minutos en ponerse en movimiento, y lo hizo sin prisas, saliendo del Instituto de Belleza casi a la hora del almuerzo.

Era un restaurante de auto-servicio, muy animado a las doce y media, y en adelante. Durante una hora, el local estaba repleto de

gente, que se servía el almuerzo frío; muchas jóvenes, hombres; todos empleados de oficinas o establecimientos cercanos.

Sophie había terminado su almuerzo, y tras observar que todo era normal, se puso en pie y caminó hacia la cortina que ocultaba el acceso a los lavabos; detrás de la cortina estaba también la cabina telefónica. Se introdujo en ella, y unos segundos más tarde estaba esperando respuesta a su llamada.

—Wickard.

—Yo, Wickard.

—¿Desde dónde llamas? ¿Qué ocurre?

—No importa; no hay cuidado. Escucha atentamente: *miss* Shepley ha sido víctima de un simple secuestro. Por tanto, no ha intervenido el grupo competidor que sospechábamos. ¿Te das cuenta? Eso nos abre muchas nuevas perspectivas, que no vamos a discutir ahora. Es así de simple: un tipo llamado Owen Clayton raptó a *miss* Shepley, en nuestra cara. El

F. B. I.,

ha descubierto eso, y, creo, irá descubriendo más cosas... con respecto al rapto. La verdad es que he pasado un rato difícil con el agente especial Ken Cordell, quien ha reconstruido nuestro plan..., equivocándose sólo en lo relativo a la muerte del chófer... y en que no fuimos nosotros quienes nos apoderamos de *miss* Shepley.

—¿Crees que puedes hablar así, tranquilamente de esto, por teléfono? Sophie..., me estás crispando los nervios...

—Sé lo que hago, Wickard. De todos modos, nos veremos esta noche. Pero, atención, hay algo que no admite demora. Vamos a ponernos inmediatamente a trabajar. Primero: vigilar al padre de *miss* Shepley, a quien habrán requerido una suma como rescate. Segundo: buscar como sea a ese Owen Clayton, que tiene en su poder a *miss* Shepley. Tercero: atentos a la actuación del

F. B. I.

Es... paradójico, pero, precisamente, es el

F. B. I.,

quien más puede ayudarnos en esta ocasión. Confiemos en su pericia para resolver un caso de secuestro... Y cuando consigan llegar hasta el escondite de esos raptos, nosotros llegaremos puntuales..., si es que no llegamos antes que ellos.

—Vaya... Un plan realmente optimista, Sophie...

—Factible. ¿Crees muy difícil que Wells, por ejemplo, vigile la quinta de los Shepley?

—No, claro...

—¿Y que Cutting vaya buscando por el hampa de Miami?

—No es difícil.

—¿Y que tú y Bronson os dediquéis a actuar de control, y acudir a dónde sea necesario?

—Oh..., no has mencionado al

F. B. I.

¿Te ocupas de eso?

—Sí... Pero escucha esto: terminado este asunto, tendré que esfumarme, desaparecer para siempre. Ya es posible que el

F. B. I.,

sospeche de mí, como anestesista de *miss* Shepley... Ese Cordell es listo... Nos controlaremos mutuamente, sospecho. Luego, ya digo, y tienes que comprenderlo, saldré de Estados Unidos. Después de todo, alguno de nosotros debía hacerlo, ¿no?

—Está bien, está bien... Pero hablaremos más despacio de eso. Nos veremos a las siete, Sophie. Cuidado... Si es cierto que el

F. B. I.,

sospecha de ti...

—No te preocupes, Wickard. Hasta las siete.

Y colgó el teléfono.

Cuando abandonó la cabina y reapareció en el local, todo seguía exactamente igual. La gente consumía su almuerzo, se largaba, y entraban nuevos comensales. Grupos de hombres y mujeres, que hablaban con voz alta, reían, comían...

Todo tranquilo, normal.

Sophie recogió su bolsito y abandonó el restaurante, pensando intensamente en aquel asunto, que, de pronto, cobraba una nueva faceta, muy importante.

VI

AQUELLA noche, a eso de las nueve, Ken conducía su coche hacia Coconut Grove. Su rostro mostraba cierta tormenta; su boca estaba apretada, y su cerebro trataba de encontrar la calma. Habría que pedirle muchas explicaciones a cierto tipo, después de los informes recibidos de Washington. Discretos, resumidos, pero muy significativos.

Rodaba velozmente, cuando se produjo la llamada por radio. Soltó una mano del volante, y respondió.

—Escucho —gruñó.

—Soy Clifford.

—¿Ocurre algo, Clifford? —inquirió rápidamente Ken.

—Sí. Ya sabes que estoy vigilando la quinta alquilada por los Shepley...

—Claro, demonios. Di lo que sea.

—He visto llegar un coche, que se ha camuflado en un palmeral, no lejos de aquí. Un tipo se ha apeado; viste de negro, es muy difícil de describir, pero puedo afirmar que se ha instalado para vigilar a míster Shepley. Le tengo localizado, Ken.

—Vaya... Ésa es una gran noticia, Clifford... Procura orientarme. Voy a por él. Y sigue atento, ¿de acuerdo?

—Escucha, dirígete por South Dixie, hasta Hibiscus Street. Al final de la calle, tras cruzar la propia Franklin Ave., donde está la quinta, se encuentra el palmeral, ya a escasa distancia de la playa; queda a la izquierda de los jardines del Co-conut Grave Sailing Club... ¿Me vas siguiendo?

—Sí. Conozco esa zona bien.

—En el palmeral, verás el coche. Luego, sólo tienes que contar cosa de trescientos pasos, oscilando en diagonal hacia la quinta, que

supongo resulta muy visible desde ese punto.

—Perfecto, Clifford. Si ese hombre se mueve, avísame inmediatamente.

—Por supuesto. Suerte, Ken.

—Sí... Clifford, la verdad es que no entiendo bien. Me desconcierta la aparición de ese tipo... ¿O tú consideras lógico que los secuestradores se dediquen a vigilar la quinta de Shepley?

—He pensado sobre eso, Ken, y, realmente... De todos modos, hay un hombre vigilando. Eso es seguro. Por otra parte, ¿quién puede decir que Shepley no ha de entregar el rescate en ese lugar, y el recién llegado está esperando?

—Es lo único con lógica... a medias.

—Estamos completamente de acuerdo, Ken. Veremos si Shepley sale. Por el momento, no se mueve. No ha salido en todo el tiempo que llevo ejerciendo vigilancia.

—Está bien. Recuerda: avisa inmediatamente si ese tipo se mueve. Hasta luego, Clifford.

Cortó la comunicación, por encontrarse ya muy cerca del palmeral dónde el hombre había dejado el coche. Ken recorrió las últimas yardas sin luces, y dejó su vehículo entre palmeras, para luego apearse, palpar el bulto duro de la automática, colgada a su costado izquierdo, y deslizarse por entre palmeras, bajo la fresca brisa, oyendo el plácido rumor del mar, en una clara noche, que permitía ver claramente las luces de Miami Beach, incluso; sus luminosos, sus clubs de playa... Todo eran reflejos en el agua.

Instantes más tarde estaba junto al coche.

Lo observó, sin querer perder demasiado tiempo. No vio nada fuera de lo corriente; miró a través de los cristales al interior, con el mismo resultado. Bien..., por lo menos, era seguro que el nombre había llegado solo.

Entonces, cuidadosamente, siguió las indicaciones de Clifford, quien no había vuelto a llamar, lo cual significaba que el vigilante seguía en el mismo sitio. Tras los primeros pasos, Ken coronó el palmeral, y ya distinguió perfectamente la quinta de Shepley.

Siguió deslizándose, moviéndose cautelosamente.

Y allí estaba el tipo.

Era cierto que dominaba muy bien toda la quinta. Además, en aquellos momentos estaba acucillado, junto a dos rocas, mirando

hacia la quinta a través de un instrumento que muy bien podía ser un «sniperscopio», de rayos ultravioleta, lo que le permitía ver en la oscuridad.

Con un simple gesto de la diestra, Ken empuñó su automática, y avanzó hasta llegar a media docena de yardas de aquel hombre.

Se oyó la voz de Ken:

—Siga como está. No retire el «sniperscopio» de su rostro.

Se notó la contracción del cuerpo de William Wells, quien quedó quieto, oyendo ya los pasos de Ken, que se acercaba cautamente, tratando de no dar facilidad alguna a Wells, quien tenía el «sniperscopio» enfocado hacia la quinta, pero miraba de reojo, pensando desesperadamente.

Ken llegó junto a él y le registró rápidamente, aliviándole del peso de una automática con silenciador acoplado. Luego, le puso una rodilla en la espalda y le arrebató el «sniperscopio».

—Vuélvase ahora —dijo Ken.

Wells se volvió, mirando con fijeza a Ken. Sí... era el tipo descrito por Sophie: el hombre del F. B. I...

—¿Está esperando que Shepley le entregue aquí el rescate? —inquirió Ken.

Silencio.

Ken esbozó una seca sonrisa.

—¿Piensa decirme dónde tienen a *miss* Shepley? Reflexione un poco. Un rapto significa, casi siempre, sentencia de muerte. Devuelvan a *miss* Shepley.

Wells no despegó los labios. Su expresión era mortecina en aquellos instantes, pero en modo alguno engañaba a Ken, quien observando a Wells se desconcertaba por momentos. Wells no tenía aspecto de hampón vulgar, y era difícil relacionarle con Owen Clayton... No obstante, estaba allí, y eso debía tener algún significado.

—¿Y bien? —Gruñó Ken—. Póngase en movimiento. Va a conducirme hacia el lugar donde tienen a *miss* Shepley.

Wells se puso en pie. Sus ojos le delataron, y Ken, velozmente, se anticipó al ataque de Wells, asestándole un tremendo izquierdazo al hígado, que dejó a Wells sin color en el rostro, doblado hacia adelante y la derecha, con la boca muy abierta. Tal vez se engañó con los hombros estrechos de Ken, cuyos nudillos, en aquellos

momentos, hacían estragos en la boca de Wells, tirándole sentado al suelo, con los ojos llenos de lágrimas y el labio inferior sangrando.

—En pie. Camine por delante de mí hacia el palmeral.

Wells, torpemente, se estaba poniendo en pie.

¡Ya!

Se lanzó, de hombros, contra las piernas de Ken. Éste aún pudo levantar la rodilla y golpear a Wells, pero perdió el equilibrio y rodó por el suelo, viendo a Wells lanzarse contra él. Se hizo rápidamente a un lado, y lanzó una mano al encuentro de Wells, consiguiendo agarrar con los dedos las costillas flotantes del costado derecho de Wells, quien soltó un ronco aullido y lanzó un desesperado golpe de «karate» al cuello de Ken, quien, súbitamente, sudoroso, tuvo que cubrirse, para lo cual soltó a Wells, deteniendo el golpe con el antebrazo derecho, y, al mismo tiempo, pegar con el canto de la zurda en pleno rostro del tipo, alejándolo.

Los dos en pie, tambaleantes, se aproximaron. Ken tenía la pistola a una yarda de distancia, y lo sencillo era inclinarse y tomarla, pero vio el preparativo de paso de baile de Wells, y en lugar de avanzar hacia la automática, retrocedió, esquivando el mortífero golpe de pie de Wells, que cortó el aire, con un silbido espeluznante.

Wells, tras su fallo, quedó aún rígido, lo cual dio una idea a Ken sobre la calidad del contrincante, que seguía desconcertándole. Era muy difícil relacionarle con Owen Clayton...

Y Ken amagó un saltó a la derecha, a lo que siguió una veloz reacción de Wells, con un golpe de pie, nuevamente fallido, hacia aquel lado, dejando al descubierto su costado derecho, que recibió un tremendo golpe.

Wells abrió la boca, para respirar hondo, mientras retrocedía un paso, pero Ken, implacable, le siguió, pegándole por dos veces en el rostro.

Creyó que Wells estaba listo, y le sorprendió un relampagueante salto del tipo, quien con las dos piernas rodeó el cuello de Ken. Éste reaccionó adecuadamente y dio la vuelta sobre sí mismo, evitando que la presa de Wells le rompiera el cuello. De todos modos quedó frente a Wells, en mala posición.

Wells lanzaba las dos manos, entonces, hacia el cuerpo de Ken, pero éste se parapetó con los antebrazos y consiguió abrir la

guardia de Wells, quien, ante el inminente ataque, alzó una rodilla.

Pero Ken consiguió engañarle, y dobló un golpe en las carótidas, que hicieron quedar de rodillas a Wells.

Ken iba a pegar de nuevo, pero, de súbito, Wells cayó hacia adelante, quedando de boca en tierra, inmóvil por complete.

Jadeando, sudoroso, Ken observaba a Wells.

Fue a recuperar su pistola, y se acercó al tipo, dándole la vuelta: muerto.

Entonces, empezó a registrar; los bolsillos del pantalón tan sólo, ya que el «polo» negro que llevaba Wells na los tenía. El registro dio como resultado el simple hallazgo de una licencia de conducir, aparte de cigarrillos, encendedor, algún dinero... Y allí estaban el «sniperscopio» y la pistola de Wells... Lo dejó todo junto al cadáver, y fue descendiendo, hasta que Clifford le localizó.

Los dos hombres del

F. B. I.,

se miraban, en silencio.

Ken, por fin, hizo un gesto de preocupación, y dijo:

—Ve al coche, Clifford. Llama al inspector, y que envíe gente para llevarse el cadáver de ese tipo. Según su licencia de conducir, se llama Wells... Eso es todo. Que examinen el coche, toda clase de huellas. Que no hagan ruido... Tenía un «sniperscopio»... Un curioso objeto, no cabe duda. Me gustaría saber de dónde lo ha sacado...

—Ken..., vi algo de la pelea... Ese tipo no era un hampón vulgar... Y, encima, utiliza «sniperscopio»... ¿Qué opinas?

—Nada. Haz lo que te he dicho. Mientras, yo voy a hablar con... Shepley. Por tanto, aunque descuides la vigilancia unos minutos, no importa. De todos modos, te reintegras a tu puesto, una vez hayas hablado con el inspector.

—Está bien, Ken Parece que hay novedades, ¿eh?

—Sí... No perdamos tiempo ahora.

Clifford fue hacia su coche, y Ken Cordell, normalizando su respiración por el camino, recomponiendo en lo posible su aspecto, se dirigió hacia la quinta, a cuya puerta llamaba instantes más tarde. Shepley no tardó en abrir.

Quedó en la puerta, mirando con vaga expresión al hombre del F. B. I.,

quien murmuró:

—Buenas noches, profesor Tinker.

El hombre pestañeó.

—Lo sabe...

—¿Cree que debía conservar el secreto aun tratándose del

F. B. I.?

—¿Por qué no? Yo sé lo que debo hacer, señor Cordell...

—Tal vez se ha equivocado en esta ocasión. ¿Le importa que pasemos a la sala, profesor?

—No. Entre.

Los dos hombres se dirigieron a la sala de la quinta, y Ken hizo un gesto, que Tinker interpretó, sentándose. Ken lo hizo frente a él, encendiendo un cigarrillo, mirando a través del humo al profesor Tinker. Verdaderamente, algunas piezas de aquel asunto desconcertaban... Del mismo modo que era difícil relacionar al tal Wells con el secuestrador Clayton, resultaba no poco problemático confundir al profesor con el rico míster Shepley... Debió observar la diferencia de inmediato.

—Profesor..., le ruego que hable con entera libertad. Comprenda que si estoy aquí, ahora, llamándole profesor Tinker, Collier Tinker, es por la simple razón de que desde Washington hemos sido Informados. No muy ampliamente en ciertos aspectos, pero sí lo suficiente como para que usted confíe en nosotros. Y..., le diré, también en principio, que hemos recibido de Washington una orden tajante, relativa a usted: PROTEGERLE. ¿Bien?

El profesor Collier Tinker parecía indeciso aún.

—La situación es delicada, no cree, señor Cordell... —murmuró.

—Lo sé muy bien, profesor. Ésa es la razón por la cual le pido que colabore.

—Bien...

—Ahora, diga la verdad: ¿llamaron los secuestradores?

—Sí... Sí, claro... Llamaron el mismo día del rapto, a las nueve de la noche. Lo corriente en estos casos... Me ordenaron silencio, y que fuese preparando medio millón de dólares, como pago del rescate de *miss* Shepley... ¿Se da cuenta? Yo no soy el padre de Liz... Yo no soy un hombre rico, que pueda disponer de medio millón de dólares... Me han creado un terrible problema de conciencia, señor Cordell...

—¿De conciencia?

—¡Es claro...! Yo no puedo reunir en modo alguno ese medio millón de dólares, y tampoco puedo decir la verdad... Yo no puedo ahora descubrirme como el profesor Collier Tinker, y estropear algo que ha sido cuidadosamente planeado por personajes de Washington... No tengo autoridad: para descubrirme, señor Cordell... Ni eso, ni creo que convenciera a los secuestradores, ni tengo el medio millón... Por tanto, el problema de conciencia estriba en que... me estaba viendo obligado a dejar que asesinaran a *miss Shepley*...

Ken cerró los ojos.

Reflexionó intensamente durante casi un par de minutos.

—Profesor..., explíqueme todo el proceso que se inició en Washington —pidió luego.

—Mire...

—Escuche esto: esta misma noche usted saldrá de aquí. Nos han ordenado protegerle, y lo haremos. Por tanto, usted debe resultar una ayuda y no un obstáculo. Entienda que tratamos de rescatar a *miss Shepley*, la cual nos informa Washington, en el sentido de que es un elemento valioso para usted. Están trabajando juntos en algo que yo ignoro, y que por ahora no voy a preguntarle. ¿De acuerdo? ¿Quiere ayudarnos a rescatar a *miss Shepley*, a la profesora Shepley?

—Está bien... Yo fui requerido desde Washington, para un importante trabajo, de repercusión a largo plazo... Son... unos estudios, unos proyectos muy avanzados... Vamos a dejar eso. Digo que fui requerido por gente de Washington. Me seleccionaron para esos estudios. Yo, a mi vez, seleccioné auxiliar, y éste resultó ser *miss Shepley*. Es en verdad inteligente, y sus conocimientos son...

—Estamos al corriente de la personalidad de *miss Shepley*. Prosiga, profesor.

—Había un problema: nuestra labor es ultra-secreta, y debíamos trabajar de modo que nadie pudiera localizarnos, ni tener idea de nuestros estudios y trabajos. Fue *miss Shepley* quien ideó el plan que, por lo menos a mí, me camuflaría, y también a ella, aunque sólo en cierto modo.

—Diga el plan.

—Mister Shepley es un hombre de negocios en continuo

movimiento. En la actualidad, está en Europa, y creo que por una larga temporada. Por tanto, *miss* Shepley creyó que yo podía suplantarle, en cierto modo, claro, apartarnos ambos del ámbito usual de *míster* Shepley, y fingir estar descansando. Nadie sabe que yo no soy *míster* Shepley, excepto ustedes. Ni siquiera los raptos, al parecer. He trabajado cómodamente, ésa es la verdad. Bien camuflado. ¿Qué ha de inventar *míster* Shepley? En cuanto a Liz..., disimulaba con paseos por Miami, su asistencia a un salón de belleza..., en fin, cosas corrientes de mujeres. Un padre y su hija, que descansan, simplemente. Y la realidad es que estábamos trabajando con intensidad... Hasta que *miss* Shepley ha desaparecido... Yo... no puedo concentrarme ahora...

—Comprendo. Profesor..., ¿no era demasiado para usted el peso de la responsabilidad que le cabía sobre la vida de Liz Shepley?

—Claro que sí... Pero ¿qué hacer, señor Cordell?

—Debió advertirme ayer.

—No sé... Bien, se lo he dicho ya: piden medio millón de dólares.

—¿Cuándo los ha de entregar?

—Espero una nueva llamada. Me dieron un plazo para reunir el dinero.

—Está bien. ¿Qué puede decir sobre los secuestradores?

—Nada... Una voz, unas instrucciones...

—¿La voz?

—No sé... Sofocada, disimulada... En cuanto a las instrucciones, ya se lo he dicho todo.

—¿Habló con Liz Shepley?

—No...

—¿De qué se sorprende? Suelen hacer hablar a la persona secuestrada, para que quien ha de pagar el rescate sepa que vive. Bien... Liz, por lo que veo, tampoco ha dicho que usted no es su padre. Y usted no mencionó el detalle al secuestrador que le llamó por teléfono.

—No... Liz no ha debido decirlo; ni yo. Ellos no lo saben... Esperan medio millón de dólares... ¿Y de dónde saco yo ese dinero? La matarán... ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo? ¿Qué creen que puedo hacer...? Es... es un problema inesperado... Tal vez lo aceptaría con más lógica si fuese un acto de espionaje, por ejemplo... ¡Pero ese

estúpido e inoportuno secuestro...!

—Diga... ¿Liz podría informar sobre ese proyecto con la misma amplitud que usted?

—No, eso no... Pero..., comprenda: sí puede decir dónde estoy yo, pongamos por caso... Y, por otra parte, aunque no pudiera hablar como yo mismo de ese proyecto, sus declaraciones siempre serían muy importantes... ¿Lo entiende? Liz está en manos de unos estúpidos que no saben lo que hacen... Tendrán que matarla... Y lo que ocurrirá, en definitiva, es que yo perderé a mi ayudante... y tendré que seleccionar otro. Además, buscar otro refugio... Pero la habrán matado. Es una vida, e importante, además... Pero, diga, señor Cordell: ¿cree que debí decirles a los secuestradores todo lo que hay, contarles todo el problema? La propia Liz no lo ha hecho..., o aún no lo han mencionado ellos... Tal vez no la creen...

Ken meneó la cabeza.

—En definitiva, profesor, no puede dar dato alguno sobre los secuestradores. ¿Cuándo han de llamarle?

—En cualquier momento. Ellos suponen que ya he reunido el dinero.

—Bien...

—¿Qué hacer?

—Usted va a salir de aquí, profesor. Queda bajo la custodia del F. B. I.

Eso, de momento. Cuando ellos llamen, aquí estará un agente especial que recogerá las instrucciones.

—¿Se me tendrá al corriente de lo que ocurra?

—Por supuesto. Si rescatamos a *miss* Shepley, teniendo en cuenta que a esos secuestradores les tiene sin cuidado su labor científica, ustedes podrán seguir trabajando, mejor ocultos, como les plazca.

—¿Cuándo he de salir de aquí?

—Es cuestión de minutos.

En efecto; un par de minutos, ya que el propio inspector Raleigh llamaba a la puerta de la quinta. Fueron a abrirle el profesor y Ken. El inspector pasó a la quinta, y dijo, mirando a Ken:

—Todo listo. Hemos recogido el cuerpo, y nos hemos llevado el coche. Veremos qué podemos averiguar sobre ese Wells. Además, he enviado a un hombre para que registre el domicilio de Wells. Sería

demasiado fácil encontrar en el apartamento de ese hombre a *miss* Shepley, pero... hay que probar. En todo caso, puede ser una pista.

—Me parece bien, señor. Ya he comunicado al profesor que queda bajo nuestra custodia.

—De acuerdo... Nos vamos, profesor. Tú, Ken, sigue aquí, por si se produce alguna llamada. Te relevarán tan pronto sea posible. Cuando salgas de aquí, pide informes a la Delegación. Seguramente, podremos ya decirte algo sobre Wells, para reanudar la búsqueda.

—¿Y sobre Clayton?

—Se le está buscando, en colaboración con la Metropolitana. Clayton es un hampón de esos que suelen dejar huellas...

—Esperemos que sea así en esta ocasión, mientras que la huella no sea un cadáver de mujer, claro... —Gruñó Ken.

Y en aquel instante sonaba el teléfono.

Los tres hombres se miraron.

Ken, tras humedecerse los labios, fue quién se dirigió hacia la salita, y tomó el aparato.

VII

—**D**IGA... —musitó Ken.

—Eh..., ¿está por ahí el inspector, Ken? Ken sonrió levemente, con una pizca de ironía. —¿Para qué lo quieres, Sam?

—Bueno, dile esto: he registrado el piso de ese Wells.

—¿Y qué?

—Nada. No esta *miss* Shepley. Y si estaba, se la han llevado, porque lo curioso es esto: YA HAN REGISTRADO ESE PISO ANTES.

—¿Estás seguro?

—Bueno..., si quieres echarle un vistazo... Está todo revuelto, de cualquier manera, en el dormitorio de Wells. Se han dado prisa, sin duda, pensando que el

F. B. I.,

también querría practicar ese registro. Y no he encontrado la menor huella de que aquí haya estado *miss* Shepley. De todos modos, quería contar con el inspector por si quiere mandar un equipo técnico.

—Se lo comunicaré, Sam.

—¿Qué hago, mientras?

—Espera ahí. Tendrás noticias.

—Bien...

—Hasta luego.

Ken colgó el teléfono, y encendió un cigarrillo. Oyó a sus espaldas los pasos del inspector y del profesor Collier Tinker.

Se volvió, y dijo:

—El apartamento de Wells ha sido registrado; se nos han adelantado, señor.

—¿Cómo es posible eso, Ken?

—Muy sencillo.

—¿De veras?

—Sí... ME HAN SEGUIDO. Alguien me ha visto matar a Wells, y... han podido ocurrir dos cosas. Una: que quien me haya seguido se largase, para efectuar el registro por sí mismo. Dos: que quien me está siguiendo haya comunicado con alguien, que se ha apresurado a registrar el apartamento, donde, sin duda, hubiéramos encontrado algo sustancioso.

—Pero... ¡te siguen! ¿Estás loco, Ken? ¿Qué lógica tiene el que unos secuestradores sigan a un agente del

F. B. I.?

Oh, vamos... Lo siento, pero no soy capaz de entender nada de esto.

—Yo, TODO, señor. TODO —murmuró Ken.

—¿De veras?

—Sí... Voy a salir de aquí. No puedo quedarme. Que entre Clifford, o cualquier otro muchacho. Usted disponga todo lo que sea necesario para la custodia del profesor, y recopilación de toda clase de datos e informes. Por mi parte, voy a trabajar en otra dirección. No obstante, comunicaré con frecuencia con ustedes, porque lo principal, pese a todo, es rescatar a *miss* Shepley. ¿De acuerdo?

—Sí, hombre... Vete tranquilo.

Ken sonrió secamente.

—¿No me cree, señor? —inquirió.

—Déjame ahora... Tendré que digerir eso de que os secuestradores están siguiendo al F. B. I...

Ken asintió con la cabeza.

—Hasta pronto, señor —dijo.

Salió de la quinta, y poco después observaba, en el palmeral, que ya no había nadie allí, y que el coche de Wells se lo habían llevado. Todo discretamente y bien... Sonriendo torcidamente, se metió en su coche y lo puso en marcha. Esperaba que, con un poco de suerte, podría descubrir en unos minutos a quien se dedicaba a seguirle. Sería interesante, de eso no cabía duda.

Dejó el palmeral, y salió a Hibiscus Street, a escasa velocidad, rodando por la derecha de la calzada. Su mirada estaba fija en el espejo retrovisor, inútilmente, al parecer. Quien le seguía, estaba al corriente de buenos métodos para no ser descubierto; por lo menos, no lo había sido en el viaje de ida...

Tal vez en el de vuelta.

Aún no había llegado a la unión de Hibiscus con South Dixie, cuando zumbó la radio. Atendió la llamada.

—Cordell —dijo.

—Yo, Ken.

—Le escucho, señor.

—Oye esto: apenas saliste de la quinta, se produjo la llamada de los secuestradores.

—Vaya... ¿Y bien?

—Ese medio millón de dólares, hay que depositarlo hoy en el embarcadero de City Yatch Basin. Concretamente, hay que envolver bien un portafolios, en plásticos, y arrojarlo al mar, justo delante de la letra «Y», que reluce, como sabes, en verde. Después de esto, *miss* Shepley será puesta en libertad.

—Menuda idiotez... Se supone que un tipo ya estará por allí, aguardando el momento de sumergirse, equipado convenientemente, para agarrar el portafolios antes de que llegue al fondo...

—Claro. El profesor debe ir, aparcar delante de Bayfront Park, y dirigirse con el portafolios envuelto en plásticos hacia el lugar señalado. Se supone que habrá más de un vigilante de los movimientos del profesor.

—Que no irá, claro.

—No... No obstante, ahora sí hay que temer de verdad por la vida de *miss* Shepley. Se supone que estarán muy vigilantes, Ken. El lugar es bueno y discreto. Ellos no conocen, creo, la intervención del

F. B. I.,

pero quizá la sospechan... Además, mandaron a Wells a vigilar, y... ya sabes: se han enterado de que ha muerto, y han registrado su apartamento, además... No entiendo qué piensan esos tipos...

—¿Quién está buscando a Clayton? —inquirió Ken.

—Sid Harris.

—Está bien. Requíerale información. Yo voy a reunirme con él. Es imprescindible dar con Owen Clayton. Por lo demás..., estoy convencido de que esos secuestradores son unos chapuceros con auténtica suerte... No tienen la menor idea de lo que se les echa encima... Deben creerse poco menos que genios.

—El caso es que nos dan guerra, Ken.

—Sí... Pero... ¿usted sabe qué es lo más difícil de un rapto?

—Pues...

—Lo fácil, señor, es tener oculta a la persona secuestrada, y realizar imbéciles llamadas, ideando métodos de lo más estúpido para recoger el dinero... Lo difícil, señor, es el rapto en sí.

—Pues lo hicieron, ¿no?

—NO.

—Mira, Ken...

—Es decir, lo hicieron en cierto modo tan sólo.

—¿Sí? Está bien, está bien... Voy a llamar a Sid Harris. Comunico contigo dentro de unos instantes, para darte su situación.

—Está bien, señor.

Se cortó la comunicación, y Ken siguió rodando, ya por South Dixie, siempre por la derecha de la calzada, sin prisas. Los coches pasaban por su lado, zumbando, dejando una breve estela de color, y una brisa maloliente se colaba por la ventanilla. Transcurrieron casi diez minutos antes de que se produjera la nueva llamada. Ken estaba ya tomando Drickell Avenue, hacia el centro de Miami, por la costa.

—Cordell —dijo.

—Sid Harris está ahora en un club de la calle Veintitrés de Miami Beach. Parece que sigue buen camino, Ken.

—¿Nombre del club?

—«Club Treinta».

—Bien, señor.

Tan pronto tomó Collins Avenue, ya en Miami Beach, hacia el Norte, en busca de la calle Veintitrés, Ken Cordell, en la misma curva, se detuvo, se apeó rápidamente del coche y realizó una maniobra veloz, que dejó el motor en condiciones pésimas para seguir su camino. Con la capota levantada, Ken se había metido en el vehículo, tratando de ponerlo en marcha, respondiendo sólo un estridente petardeo.

Una y otra vez, mirando de reojo la pista, bien iluminada, con una excelente panorámica al mar, Ken, inútilmente, trataba de arrancar.

Un poco más tarde, un coche se detenía detrás del suyo, y por la ventanilla asomaba una cabeza dorada, unos grandes ojos color violeta y una alegre sonrisa.

—¡Señor Cordell!

Ken, fingiendo un enorme asombro, miraba a Sophie.

Parecía tan aturdido por aquel inesperado encuentro, que Sophie decidió apearse de su coche. Lo hizo con gracia, luciendo parte de sus hermosas piernas al bajar. Llevaba su minivestido amarillo, y parecía mucho más joven que con su uniforme profesional. Su sonrisa, asimismo, era más alegre, más juvenil, y contenía no poca ironía, mientras se acercaba a Ken, que señalaba el coche con gestos de impotencia.

—Sophie..., me temo que entiendo muy poco de motores...

—¿Puede echar un vistazo, Ken?

—Claro que sí...

Ella rozó a Ken, y se inclinó junto al motor, examinándolo atentamente, mientras que Ken, a su espalda, sonriendo secamente, estaba más atento al descuido con que Sophie se inclinaba, de modo que el minivestido apenas servía para ocultar su busto. Además, el perfume resultaba muy agradable; la proximidad de aquella mujer tenía muchos atractivos. Se volvió, sorprendiendo la mirada de Ken a su busto. Pestañeó.

—Yo... no veo nada tampoco —murmuró.

—Bien... ¿Querrá avisar por teléfono a algún garaje, Sophie?

—¿Por qué no? De todos modos..., ¿tiene prisa?

—Un poco, sí.

—Entonces, si no le importa... Quiero decir que puede utilizar mi coche.

—No quiero abusar, Sophie. Usted debe ir a algún sitio, supongo.

—Iba solo a ver a una amiga, Ken.

—Ya... ¿Y eso... puede esperar?

—Puede esperar —musitó Sophie.

Ken sonrió, sin dejar de mirar los ojos de Sophie.

—En este caso, acepto —murmuró.

—Venga. Conduciré yo misma, ¿le parece bien?

—Por supuesto. Un instante.

Ken bajó la capota y cerró el coche. Caminó hacia el de Sophie, que ya estaba ante el volante, y había abierto la portezuela correspondiente al acompañante del conductor. Ken se introdujo en el vehículo, y cerró la portezuela. Miró a Sophie, un vistazo general,

muy sugestivo, por cierto, desde la despejada frente hasta la punta cuadrada de sus modernos zapatitos. Lo que quedaba en medio era lo más atrayente, claro. Máxime con la falda muy por encima de las rodillas.

—¿Adónde va, Ken? —inquirió Sophie.

—A la calle Veintitrés, «Club Treinta».

—De acuerdo... Diga, ¿está trabajando? Quiere decir si...

—La entiendo. Y estoy trabajando, pero sólo en cierto modo. Imagino que lo del «Club Treinta» será una información errónea, como sucede muchas veces en casos similares. En definitiva, una especie de rutina, pero, claro, no podemos dejar de investigar.

—Entiendo...

—Luego, usted puede seguir, Sophie.

Ella sonrió levemente.

—Como quieras... Pero la verdad es que ya no siento el menor deseo de aburrirme con mi amiga —murmuró.

Le brillaban los ojos, los labios.

Ken Cordell entendió que ella esperaba algo. Un burdo ofrecimiento, en realidad, puesto que allí no había engaño mutuo; no podía haberlo. Ken no creía en las casualidades, y ella sabía muy bien que él era agente del

F. B. I.

De todos modos, tal vez se pueda ser un buen enemigo... Y como buena enemiga, Sophie estaba invitando a Ken, quien sin tocarla con las manos, la besó en los labios.

—¿Qué te ocurre, Ken? —musitó, luego, ella.

—No entiendo.

—¿Tienes miedo de poner un poco de alma en el beso?

—Es posible... —murmuró Ken.

—Prueba otra vez. Ken..., presiento que te estás equivocando conmigo. Yo... no suelo ofrecerme, ¿comprendes? Ahora..., prueba de nuevo.

Ken Cordell, entonces, rodeo a Sophie con ambos brazos, estrechándola con fuerza, notando la calidez, la turgencia del cuerpo femenino. El perfume era endiabladamente agradable; aquella proximidad, la dulce boca de Sophie... Aturdía la sola idea de tener a aquella mujer entre los brazos. Ken la besó con más fuerza, y ella correspondía, apretada contra el hombre del

F. B. I.,

hasta que un suspiro escapó de sus labios.

Ken la soltó, entonces.

—¿Mejor así? —inquirió.

—Y aún puede ser superado, Ken... No soy una aventurera, pero tampoco una estúpida, ¿sabes? Y como seguramente te estoy entreteniendo, vayamos al «Club Treinta». ¿Lo conoces?

—No. Pero está cerca de la playa. ¿Te gusta la playa de noche?

—Me encanta.

—¿Llevas bañador?

—Sí, claro...

—En marcha. Procuraré abreviar en el «Club Treinta».

Ella, entonces, besó brevemente a Ken, y sonrió:

—Si soy un estorbo, Ken, sé sincero...

—No estorbas. Vamos.

Sophie puso el coche en marcha, y poco después habían dejado muy atrás el coche estropeado de Ken, quien se vería obligado a prescindir de la radio. Era una jugada arriesgada, teniendo en cuenta que *miss* Shepley seguía en poder de sus secuestradores. No obstante, era un asunto de amplio campo. Había mucho que abarcar.

Durante un buen rato, Collins Avenue al norte, siempre bordeando el mar, Sophie permaneció silenciosa, observando a Ken. Éste, por su parte, había encendido dos cigarrillos, y colocó uno entre los labios de Sophie, que aceptó, en silencio. Y, disimuladamente, Ken echó un vistazo al coche, sin descubrir otra cosa que el bolsito de Sophie. No había que hacer alardes de imaginación para tener una idea de lo que llevaba dentro.

—¿Has cenado, Sophie? —inquirió, de pronto, Ken.

—Sí...

—Vaya..., lo siento.

—De todos modos, soy muy frugal en mis comidas.

—No, déjalo. Podemos hacer otras cosas. La calle Veintitrés; deja el coche aquí mismo.

—Sí... Veo el luminoso del club, Ken. No me parece un lugar muy bueno.

Ken miraba también el hacia el rótulo indicador del «Club 30», y no hizo comentarios. Sophie había aparcado el coche, y, antes de

apearse, miró a Ken a los ojos.

—¿De veras no te molesto, Ken? —inquirió.

—De veras. Vamos.

Se apearon ambos, y caminaron juntos en dirección a la entrada del «Club 30». Se trataba de un lugar cerrado, y al entrar se notaba la pesadez de la atmósfera. Un lugar donde no penetraba el aire fresco, y el humo del tabaco formaba densas capas por encima de la gente. Un lugar de poca luz, música estridente, mucha gente en torno a la barra circular, algo alzada, tras la cual las camareras, con muy poca ropa, servían las consumiciones acercándose mucho a los clientes. Había mesas, algunas desocupadas, y había quien bailaba, utilizando un par de ladrillos del suelo, aferrado a su chica, y viceversa, pegando las caras húmedas por el sudor.

Ken miró a Sophie, y murmuró:

—Lo siento, Sophie... El lugar no parece muy recomendable. Siéntate un instante. Realizaré algunas averiguaciones, y saldremos de aquí. Creo que será cuestión de unos minutos tan sólo.

Sophie pareció que iba a protestar, pero se resignó, aceptando quedarse sentada, en un rincón, mientras Ken se dirigía hacia la puerta que daba a las interioridades del club.

Sophie le seguía con la mirada, no poco inquieta. Tal vez debería efectuar una llamada telefónica, pero Ken podía sorprenderla...

Decidió, por el momento, esperar. No creía que Ken la dejara plantada, aislada, ya que de otro modo no la hubiese permitido seguirle, ni la hubiese esperado, estropeando a propósito el motor del coche.

VIII

A Ken le alegró no poco aquello que estaba ocurriendo. Era allí, en una estancia con la puerta abierta, cuya luz se desparramaba por el pasillo. Había oído un chasquido, un golpe, y se oyó un gemido. Percibió otro golpe, y una sombra se proyectaba sobre el pasillo; un tipo que estaba retrocediendo, hasta salir, impulsado por los golpes, de la estancia.

Y a Ken aún le alegró más el gesto del tipo, que, rápidamente, había extraído una navaja del bolsillo, apretando un botón, dejando brillar la hoja.

Entonces, Ken actuó. Dio un salto hacia aquel hombre, le atrapó la muñeca derecha y le retorció el brazo, hasta colocárselo a la espalda, aumentando la fuerza de la torsión, hasta que el tipo soltó la navaja. Entonces, Ken le hizo girar, y le hundió el puño derecho en el estómago; el otro se inclinaba, pero Ken le agarró por los cabellos le irguió y le pegó por dos veces en el mismo punto, vaciando al tipo, que quedó como un pelele en manos de Ken, quien le empujó con fuerza hacia el interior de aquella estancia-despacho.

En la puerta, había un muchacho joven, de amplio esqueleto y cara agresiva, que, impasible en aquellos momentos, dejó pasar al tipo golpeado por Ken. Éste entró luego, y cerró la puerta, mirando a Sid Harris.

—Bueno..., ¿qué pasa, Sid? —inquirió Ken.

—Es Gilbert... ¿Has oído hablar de él?

—No... Al grano, Sid.

—No está de acuerdo en hablarme de Owen Clayton, y sé seguro que recientemente ha tenido relaciones con él; mi seguridad va más lejos: tiene que saber cuál es el actual escondite de Clayton. De todos modos, si sigue negando, ahora somos dos a atizar, Ken. Me

alegro de verte.

—Espera...

Ken miró al tal Gilbert, vestido con cierta elegancia trasnochada, con pantalón negro y chaqueta blanca, con el cabello oscuro y grandes patillas.

Se acercó al tipo, que aún estaba amarillo, sin aire en los pulmones, y de un empujón le sentó en un sillón.

—Gilbert..., no te metas en un lío —dijo Ken—. Se trata nada menos que de raptó. Ya sabes que tu silencio puede conducirte ante un tribunal federal, como encubridor o cómplice. Conoces la sentencia, ¿eh? Por mi parte, intercederé sobre quienes te conocen, para que tus trapicheos, tus chapucerías, no te sean tenidas en cuenta, a menos que abuses. Ya ves, es un pacto. Y entiende que el asunto es grave, porque el

F. B. I.,

no suele pactar con nadie. ¿Lo has comprendido todo?

—Pero ¡qué demonios sé yo de ese secuestro...!

—No grites. Yo no digo que estés metido en el asunto. Pero conoces a Clayton.

—No lo he negado —gruñó Gilbert.

—También sabes dónde podemos encontrarlo, y... si bien no lo niegas, te resistes a comunicarlo al

F. B. I.

Reflexiona, Gilbert. Tú nos dices dónde está Clayton, y nosotros nos esfumamos, olvidando tu inmundo cubil. ¿De acuerdo?

—¿Y si no estoy de acuerdo, qué pasa?

—Ya lo verás, Gilbert. A pesar de que todo esto es asqueroso, se supone que le tienes cariño; bastante más, al menos, que a un calabozo incomunicado, del que saldrías para someterte a un juicio por encubridor. No estoy amenazando en vano, ni deseo perder más tiempo.

—Está bien... Pero yo no garantizo nada... Yo sé que Clayton, no sé cómo, se ha hecho con un yate. Supongo que... era propiedad de algún contrabandista, que ha sido liquidado por ahí, y ahora lo... disfruta Clayton. El yate se llama «Diplomat», e imagino que no estará muy lejos de aquí. Probablemente, en el embarcadero de Collins Park. Eso es todo lo que sé... Si no localizan ahí a Clayton, lo siento...

Ken miró a Sid, y sonrió.

—¿Lo ves, Sid? Así da gusto; cuando la gente colabora.

—Menudo zángano...

—Hay que evitar que Gilbert comunique con el yate, o con Clayton, en otro cualquier sitio. ¿Se te ocurre un medio, Sid?

—Un puñetazo —rezongó Sid, mirando, ceñudo, a Gilbert.

—Oigan..., esperen... Les juro que no pienso complicarme la vida... ¿Me creen idiota? No, no... Si ustedes se largan, yo me limitaré a respirar en paz y vivir de la misma manera... Yo no me la juego por el cerdo de Clayton... Ni por nadie. No hay necesidad de que tomen medida alguna... Lo juro. Seré una tumba.

Ken miró a Sid.

—¿Le crees? —inquirió.

—¡Qué va, hombre! Traeremos aquí aunque sea a un par de patrulleros, que se van a convertir en una doble sombra de Gilbert. Me ocupo de eso, Ken. Y... ¿qué más? ¿Qué has pensado hacer?

Ken dio unos pasos hacia el escritorio de Gilbert, pensando. Había una cajita sobre la mesa, Ken la abrió y extrajo un cigarrillo, que encendió. Luego, se volvió hacia Sid.

—Voy a salir, Sid. Y éstas son mis instrucciones: llamas a esa pareja de patrulleros, para que controlen a Gilbert. Seguidamente, localiza al inspector Raleigh, y le hablas sobre ese yate. Pero hay algo más: yo voy ahora a ese yate, Sid. El inspector, con vosotros, irá también, pero de un modo especial; que se acerque lo justo. Que tenga también lanchas preparadas, a distancia; lanchones rápidos, ya sabes, con buenos focos y amplificadores, por si fuesen necesarios. Gente bien armada, atenta, y, es absolutamente necesario, vigilando a cierta distancia. Nos jugamos la vida de *miss* Shepley... y otras cosas, también importantes. ¿De acuerdo?

Sid, por unos instantes, miró, ceñudo, a Ken. Luego, dijo:

—Vigilar a distancia, por tierra y mar. Y controlar a Gilbert. Ése es el resumen, ¿no?

—Exacto.

—¿Y actuar?

—Yo mismo daré la señal.

—Ken..., ¿qué crees que puede ocurrir?

—Bueno..., posiblemente no sea sólo el

F. B. I.,

quien trata de localizar a *miss* Shepley... Puede surgir más gente. De hecho, ha surgido ya, pero no toda la que espero.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí... Empieza a trabajar, Sid.

Luego, Ken miró a Gilbert.

Dio unos pasos hacia el tipo.

—Oye esto, Gilbert: amenazar con una navaja a un hombre del F. B. I.,

es un cargo peligroso. Tal vez lo olvidemos también, pero todo a cambio de que no compliques las cosas ahora, ¿de acuerdo?

—Yo... me enfurecí... No hubiera usado la navaja...

—Buen chico. Arrepentido. Así está bien, Gilbert. Hasta la vista.

Y se dirigía hacia la puerta, pero, antes de llegar, se volvió, sonriendo torcidamente, mirando a Sid.

—¿Qué ocurre ahora? —inquirió Sid.

—Dime..., ¿crees que alguien ha podido oírnos a través de la puerta, Sid?

—Pues..., como posibilidad, cabe. ¿Por qué no?

—Eso digo yo: ¿por qué no? ¿Dónde tienes tu coche?

—En el «*parking*» del

«Chase's»,

a doscientos pasos de aquí.

—Trae las llaves. Puedo necesitarlo.

—¿Y el tuyo?

—Tuve avería. He llegado aquí utilizando algo así como el «*auto-stop*», un poco especial.

Sid se encogió de hombros, y lanzó las llaves del coche hacia Ken, quien las atrapó al vuelo y las guardó en un bolsillo de su chaqueta. Y ya, sin más, salió de aquella estancia, apareciendo en el local propiamente dicho, donde la atmósfera ni el ambiente habían cambiado lo más mínimo, lo cual era lógico, ya que no había permanecido más de quince minutos con Gilbert y Sid.

Miró hacia el rincón donde estaba Sophie.

Donde estuvo, mejor dicho.

Sonó la respuesta:

—Wickard.

—Escucha: Liz Shepley está secuestrada en un yate llamado

«Diplomat», anclado en el embarcadero de Collins Park, en Miami Beach. Por fortuna, estáis muy cerca. De tu quinta de Lummus Park hasta ese embarcadero hay milla y media de distancia. Tú y Bronson tomad la lancha, y acercaos. Llama a Cutting, búscale; que se reúna con nosotros. Atentos, puesto que el

F. B. I.,

va a rodear ese yate. Calculo media hora hasta que terminen los preparativos, y en este tiempo hemos de actuar.

—¿Actuar? ¿Cómo?

—Oh, vamos, es simple... Rescataremos a *miss* Shepley, y atraparemos al hombre del

F. B. I.,

Cordell, que ha de dar la señal a los demás. Su ausencia les desconcertará el tiempo suficiente. Vosotros podéis llegar a ese embarcadero dentro de diez o quince minutos. Podemos emplear cinco en meter a *miss* Shepley y a Cordell en nuestra lancha, y huir del cerco. En menos de veinte minutos, todo listo, y el

F. B. I.,

despistado. ¿Comprendido ya? No se trata de pensar mucho las cosas ahora, Wickard, sino de actuar. ¿De acuerdo? ¿Cuento con vosotros y la lancha?

—Está bien. Localizo a Cutting, y salimos hacia Collins Park, en lancha, claro. Hasta luego.

Sophie colgó el teléfono y salió de la cabina.

Sonrió, al ver a Ken, de espaldas, mirando hacia la mesita que ella había abandonado para oír la conversación de Ken, y luego correr a llamar a Wickard. Aún a espaldas de Ken, Sophie musitó:

—Querido...

Ken se volvió, expresando asombro, pero aquella vez real.

—Bueno..., creí que este ambiente te había obligado a huir, Sophie.

—No, no. Sólo telefoneé a mi amiga, para cancelar la cita.

—Bien...

—¿Y ahora? —inquirió Sophie.

—¿Te gustaría dar un paseo en yate?

—¿En yate? ¿Con mucha gente? ¿O... solos, quizá?

—No habrá mucha gente —sonrió Ken—. Y podemos deshacernos fácilmente de ella.

—En este caso...

—¿Vamos?

Por toda respuesta, Sophie sonrió y besó brevemente a Ken en los labios.

Un instante más tarde estaban acomodados en el coche de Sophie, cuyos movimientos eran rápidos y firmes, para ponerlo en marcha. Era imprescindible actuar con la máxima rapidez. De todos modos, Ken, tranquilo, mirándola a los ojos, acababa de tomar el hermoso rostro femenino con ambas manos.

—Sophie... —musitó.

—Ken..., he... he estado pensando en nosotros, y...

—¿Y qué?

—Creo que nos hemos precipitado un poco... Tal vez yo no debiera ir contigo ahora, pero..., para no pensarlo más, vayamos inmediatamente. ¿Quieres?

Ken asintió con la cabeza. Se comprendía la prisa de Sophie; tenía que llegar antes que el

F. B. I.,

antes de que el «Diplomat» estuviera rodeado. De todos modos, Ken aún perdió un poco de tiempo; sus manos, desde el rostro resbalaron por cuello, hombros; la apretó un poco y la besó largamente en los labios, notando el rebullir de impaciencia de Sophie, cuyo cuerpo estaba crispado en aquellos momentos. Ken aún insistió, buscando aprisionar la cintura de Sophie con ambas manos. Ella forcejeó un poco y se le subió mucho la falda. Ken miraba las piernas de Sophie...

—Por favor, Ken... —dijo, roncamente, ella.

—Bueno..., pienso que tal vez no somos tan serios como aparentamos, Sophie... Y ya estoy seguro de que juntos no nos aburriríamos. Y perdona. Es posible que me haya excedido.

—Oh, no sé... Vamos a donde quieras, pero..., ahora, la velocidad... Deja que refresque un poco mi cabeza, Ken...

—De acuerdo. Vuela, entonces.

—¿Adonde? —inquirió ella, reaccionando, mostrando unos espléndidos reflejos mentales.

—Oh, lo olvidaba... A Collins Park. Al embarcadero, concretamente.

—Está bien.

Por fin, puso el coche en marcha. Tuvo que reducir la velocidad, puesto que Ken, súbitamente apasionado, la estaba besando en el cuello, debajo de la linda oreja.

—Ken... —protestó ella débilmente.

—Quiero decirte algo... Esos amigos míos del yate son un tanto especiales... Tendremos que subir sin que nos vean. ¿Te atreves?

—¿No es extraño, Ken?

—Conmigo, puedes estar segura, no te aburrirás.

—Pero... tantas emociones...

—Eso alivia la tensión producida por la rutina. Mañana, estoy seguro, serás una mujer distinta. Sophie..., no me decepciones; eres inteligente. Tú sabes que, pese a todo, entre nosotros sólo ocurrirá lo que tú quieras. No tienes miedo, lo sé, pero piensas demasiado en eso. ¿No es cierto?

—Sí... Estoy obsesionada, Ken... Pero no importa lo que suceda. Puede que..., al final, sólo sea un grato recuerdo. No importa. Por favor, Ken..., nos estrellaremos...

El tipo dijo:

—La hora, Owen.

—Sí... Me largo.

—¿Crees que saldrá bien?

—Claro que sí. ¿No te das cuenta? Todo han sido facilidades insospechadas en este asunto. En cuanto a lo que falta, espero que no haya dificultades. Ya imagino que míster Shepley se resiste con mucha fuerza a soltar el medio millón, pero tendrá que ceder. Y ya conoces el plan. No estaré ni en Bayfront Park, donde dejará el coche, ni tampoco sumergido, como debe pensar. Y posiblemente lo haya comunicado al

F. B. I.

No estaré donde ellos me esperan. Esperaré al padre de esa lechuza en el cruce de South Dixie y Brickell. Es seguro que irá solo en el coche, y también sabes que en el cruce hay un «*stop*» para los procedentes del Sur. En ese «*stop*» me meteré en el coche, con Shepley. Allí tendrá lugar la operación. Y luego, que haga lo que le dé la gana.

—Dicho así,...

—Por favor, Boulder, ya basta de pesimismo. Ten en cuenta que

el coche en que viaje míster Shepley solo puede ir ocupado por él. Porque ha de llegar a Bayfront Park, según nuestras instrucciones, y si hubiese alguien más en el coche, todo el mundo sabe que el asunto se echaría a rodar. Irá solo. Habrá, tal vez, vigilancia en Bayfront Park, y debe haberla frente a la «Y» del Yacht Club; incluso en el agua. Pero en ese «stop», no. ¿De acuerdo?

—Bueno, lárgate ya.

El rubio y guapo Owen Clayton salió del camarote-salón, lleno de humo y de olor a *whisky*. Clayton vestía en aquellos momentos un traje azul y «polo» del mismo color.

Poco después, abandonaba el yate.

Boulder, inquieto, nervioso, se puso también en pie, y se dirigió hacia el camarote donde tenían encerrada a la lechuza.

Abrió el camarote y se metió dentro.

Es que era una lechuza...

—¿Nunca cierra los ojos? —rezongó Boulder.

—¿Qué quiere ahora?

—Ya vamos a buscar el dinero.

—No sea estúpido... Estoy cansada de decirles que están cometiendo un tremendo error...

—¿Sí? Pues su padre va a morir si nos engaña, *miss* Shepley.

—No es mi padre... Y, por Dios, no cometan la barbaridad de matar a ese hombre... Ustedes solos se declararían una guerra sin cuartel. Ya es estúpido haberme raptado; ni siquiera imaginan el peligro... Pero si llegaran a matar a ese hombre...

—Cierre ya la boca. Sea su padre, su tío, o su amante, lo mismo da: el medio millón está en camino.

—Ese hombre no tiene a mano ni quinientos dólares...

Boulder apretó los labios.

—Peor para él. Y para usted —gruñó.

—No quiere entenderlo...

—La verdad es que me gustaban más los cuentos que me explicaba mi abuela. Sí..., ya dicen que los adefesios tienen alguna otra facultad. Usted tiene imaginación, hermana... Además, está medio loca, o drogada, o yo qué sé... La atrapamos que se dormía en pie..., y lo que sabe explicarnos cuando despierta es que debemos avisar al

F. B. I.,

que una mujer la había anestesiado con el suero de la verdad... Oiga, ¿qué cree que somos, lechuza?

—Me inyectaron pentotal sódico, o una variedad, para que los efectos fuesen retardados.

—¿Sí? ¿Y eso para qué?

—Me habrían hecho preguntas, y yo hubiese contestado verdades.

—Es curioso...

—¿Ustedes me preguntaron algo mientras yo permanecía bajo los efectos del pentotal?

—Cierre ya la boca... Nosotros no hablamos con gente dormida. ¿Por quién nos toma? ¡Y que avisáramos al F. B. I...! ¡Y que ése no es su padre, y que...! ¡Al cuerno! Por fortuna, nos desharemos de usted dentro de poco. E irá a soñar al infierno.

—¿Van a matarme?

—Usted ha visto nuestras caras, lechuza... ¿Qué quiere que hagamos? El

F. B. I.,

tiene unos dibujantes fenomenales, y Owen y yo somos de los marcados. Lo siento por usted..., y por ese tipo, Shepley o quien sea, si no trae el medio millón de dólares... Usted, después de todo, ha resultado una pesadilla con sus cosas raras... Que la espían; que quieren obtener de usted secretos... Eso son delirios, hermana... Fantasías... ¡Qué espías ni qué...!

—Es la verdad, ignoro si usted está aún a tiempo, pero debe avisar al

F. B. I.

Hay un grupo de espionaje que está actuando... Ustedes, por azar, se han interpuesto, pero...

—Ya basta. ¿Quiere algo?

—No... Y si no me cree, déjeme sola.

IX

CON un gesto, el hombre del

F. B. I.,

señaló hacia el embarcadero, donde estaban alineadas multitud de naves, la mayoría con luces. Había reflejos de colores en el agua. En el rostro de Sophie también, con lo que parecía que sus grandes ojos cambiaban de color.

Caminaba junto a Ken, juvenil, un poco encogida, como si todo aquello le inquietase. Y la verdad es que estallaba de impaciencia. Por el momento, no observaba aún concentración de fuerzas del

F. B. I.,

Guardacostas y Metropolitana, pero... el tiempo transcurría. En cuanto a Wickard y los otros, no podían tardar en llegar.

Era urgente meterse en el yate.

—Ése es, Sophie —murmuró Ken.

Estaba allí. Sí; no era muy grande, ni nuevo. Había manchas de óxido en el casco, y resbalando por las letras del nombre: «Diplomat». No poco pomposo, por cierto.

A cierta distancia, Ken se detuvo, examinando lo que podía ver de aquella parte de babor. No se veía silueta alguna, y el yate sólo tenía las luces de situación; parecía claro, sin embargo, que echando una mirada a estribor se vería luz por algún «ojo de buey».

Ken, sin embargo, no iba a perder mucho tiempo. Prefería dominar el yate en su totalidad.

—¿Qué esperamos? —inquirió, nerviosa, Sophie.

Ken la miró, esbozando media sonrisa irónica.

—Andando. ¿Necesitarás ayuda para subir?

—No.

—¿Te atrae esta pequeña aventurilla, cariño?

—Sí, sí... Vamos.

Se dirigieron hacia el yate, y Ken, sorprendido, vio detenerse a Sophie un instante junto a un montón de lonas que ofrecían cierto refugio. Sophie, rápidamente, se quitó el minivestido amarillo, le dio la vuelta y se lo puso de nuevo, antes de que el hombre del

F. B. I.,

pudiera entusiasmarse con la auténtica calidad de la figura de Sophie, con unas piernas espléndidas, una cintura brevísima, la forma del busto llena de encanto... Fueron sólo unos segundos.

El vestido había adquirido un extraño color, tornasolado, entre gris, azul..., oscuro. Un tono de discreción perfecta. Y Sophie, sonriendo, ya tenía el bolsito entre las manos. Por un instante, ambos se miraron a los ojos.

Ken, entonces, sin más, se dirigió hacia el yate, desdeñando la pasarela, descuidadamente tendida, sin duda para quitar importancia a lo que pudiera haber en el yate. Ken saltó, se aferró a la borda, casi en popa, y, con agilidad, con perfectos movimientos, pasó a cubierta. Aún estaba flexionando las piernas, cuando Sophie estaba pasando por encima de la borda.

Y los dos miraron hacia el portante de bajada a los camarotes.

—¿Vamos juntos? —musitó Sophie.

—No... Yo bajaré primero.

—Está bien.

Ken se dirigió hacia el portante, y Sophie, que le miraba, vio el gesto del agente especial, desenfundando la automática. Sophie se humedeció los labios. Un tiro por la espalda era tan fácil...

En cuanto a la actitud, en cierto modo pasiva, de Ken, estaba clara para Sophie: Ken quería atrapar al grupo completo. No se conformaba sólo con ella; los quería a todos. Un ambicioso agente del

F. B. I.,

sin duda; un hombre que arriesgaba sus bazas..., bazas llenas de auténtico peligro...

Ya no podía dispararle a la espalda, puesto que Ken había desaparecido, escalerilla abajo. Entonces, Sophie abrió el bolsito, y su rostro se contrajo con una mueca de rabia, al observar que su pistola había desaparecido, así como su pintalabios expulsor de gas letal, y el diminuto pañuelo, que envolvía un estilete plegable.

Tiró el bolso al agua, furiosa, y se dirigió a estribor, mirando ansiosamente, en espera de descubrir señales de la presencia de Wickard, Bronson y Cutting.

Mientras, Ken, con una seca sonrisa, estaba deslizándose hacia el pasillo.

Oyó una tos de bronquitis crónica en el saloncito, cuya puerta estaba solo entornada, y se filtraba luz por debajo de ella. Reflexionó unos instantes; dedujo que si el vigilante estaba allí, y solo, quizá, ya que no oía voz alguna, valía la pena echar un vistazo por otros lugares antes.

Cuidadosamente, empujó la puerta de un camarote. Estaba a oscuras y solitario. Cuando abrió la segunda puerta, vio aquella fea mujer que le miraba, muy asombrada, al parecer, e iba a abrir la boca. Ken, entonces, se abalanzó hacia ella, amordazándola, y diciendo rápidamente:

—Cordell, del

F. B. I.

No tema, *miss* Shepley.

Y la soltó.

Miss Shepley respiró hondo, con evidente animación en su mirada. Luego, por su expresión, Ken entendió que iba soltar un chorro de explicaciones, pero la contuvo con un gesto.

—Ahora, dígame sólo cuántos hombres hay aquí.

—Uno... Se llama Boulder. Un tal Owen salió en busca del rescate. ¡Oh..., temo por... por mí...!

—Por el profesor. Descuide, está a salvo. Un solo hombre, ¿eh?

—Sí...

—Está bien. No se mueva de aquí. ¿Qué tal maneja un arma?

—Bueno..., me temo que no muy bien. Pero si la distancia es corta...

—Muy corta. Tenga.

Le entregó la pistola de Sophíe, que *miss* Shepley empuñó con decisión. Y Ken creyó necesario advertir algo:

—Cuidado. Para que no se asombre demasiado, y pierda una baza, la prevengo que se presentará aquí Sophie...

—Fue ella la que me suministró pentotal con efectos retardados... Son espías que...

—Tranquílícese. Es Sophie, ¿comprendido? Ella bajará de un

momento a otro. Usted sólo tiene que darle el alto y meterla en este camarote. Vigílela estrechamente, y no vacile lo más mínimo si se cree obligada a disparar. ¿Lo hará?

—Sí, sí...

Ken, entonces, salió del camarote, y ya en el pasillo oyó a Boulder toser de nuevo. Boulder estaba buscando emisora de musiquita en el transistor, que emitía los característicos sonidos y silbidos al ir pasando de una emisora a otra. Ken se dirigió hacia la puerta del salón, dispuesto a actuar con la máxima rapidez.

La abrió totalmente, de un tirón, y pasó a la estancia, apuntando a Boulder al pecho con la pistola. Boulder, por unos instantes, quedó quieto, pestañeando luego.

—Oiga..., ¿qué quiere? —Gruñó.

—Ven. Acércate.

—Yo...

—Obedece.

Boulder dejó el transistor, silbando, emitiendo ronquidos, y se acercó perezosamente a Ken mirándole con cierta insolencia. Ken, inexpresivo, le dejó llegar, y preguntó:

—¿Tienen medios de comunicación en el yate?

—Claro...

—Estupendo, hombre.

Le pegó un tremendo puñetazo al hígado; repitió el golpe, pero esta vez con la diestra, con el cañón de la automática, cruzando el rostro de Boulder, quien cayó de lado, sobre el sillón, derribándolo, con una marca rojiza en el rostro. Un puntapié en el cuello le hizo caer de nuevo, y otro golpe con el cañón de la pistola, en la cabeza, le dejó sin conocimiento.

Entonces, Ken le registró, apoderándose de una navaja y una pistola de Boulder, que arrojó por el «ojo de buey». Y aún le pegó de nuevo, con fuerza, para asegurar el sueño de Boulder unos buenos minutos. Antes de salir cerró la luz y dejó el transistor a bajo volumen, en una emisora de noticias; cerró la puerta con llave, y la guardó en un bolsillo. Seguidamente, no poco preocupado por la ausencia de Sophie, caminó hacia el camarote dónde estaba Liz Shepley. Musitó:

—Soy Cordell, *miss* Shepley. Abra.

Miss Shepley abrió la puerta, mirando con ojos redondeados al

hombre del

F. B. I.

—¿Qué está ocurriendo? —musitó.

—Todo estaría bien, si arriba no estuviera Sophie, quizá con algún hombre... Espere..., el yate se está moviendo... Sophie ha debido ponerlo en marcha.

Ken corrió hacia el «ojo de buey» de aquel camarote, notando que se despegaban de la hilera de embarcaciones, haciéndose a la mar. Miró a *miss* Shepley, y dijo:

—No se mueva de aquí. Haga uso del arma sin el menor remordimiento. ¿De acuerdo? ¿Tiene miedo?

—Un poco, pero no se preocupe. Sabré defenderme.

Ken sonrió.

Era fea, sí, pero la inteligencia, la decisión, eran capaces de animar su rostro.

La dejó en el camarote y corrió hacia la escalerilla, ascendiendo en unos instantes. Cuando dio el primer paso, no advirtió la trampa, y sus piernas tropezaron con una barra de hierro, que Sophie había alzado. Ken perdió el equilibrio y cayó de bruces, soltando la pistola. Vio a Sophie correr hacia el arma, e inclinarse para tomarla. Entonces, Ken reaccionó, y giró sobre sí mismo, lanzándose contra Sophie, derribándola sobre cubierta, cuando ella tenía la automática en la mano. Antes de que consiguiera situarla en posición, Ken pisó la muñeca derecha de Sophie, y la miro, sonriendo.

—No ha estado mal, Sophie. Bien..., parece que tus compañeros se retrasan, ¿eh? Lástima... Al ver el yate sin dirección, sospecharán lo que sucede, y se esfumarán... Para esto, no valía la pena que yo te hubiese conducido hasta aquí, para atraparos a todos... ¿O no es eso lo que querías? ¿No pretendías que el

F. B. I.,

te condujera hasta la profesora Shepley?

Sophie no respondió.

Estaba realmente hermosa, con los ojos emitiendo destellos, desparramado el liso cabello dorado, con el pecho agitado, aprisionada la muñeca, con la falda a la altura del ombligo...

Ken se inclinó y le arrebató la pistola. Luego, de un tirón, la puso en pie.

En aquel instante, dos manos se estaban aferrando a la borda, y

aparecía Bronson, en ágil salto, silencioso además. De un plástico extrajo su automática, justo en el instante en que Cutting, empapado como Bronson, realizaba la misma maniobra, también en estribor, pero separado varias yardas de Bronson. Los dos hombres, automática en mano, estaban ya preparados para disparar.

Sophie les vio primero, y se soltó de Ken, corriendo hacia la borda, dispuesta para saltar al agua.

Ken dio un cuarto de giro, y se vio encañonado por las dos automáticas.

El increíble e inesperado salto le dejó de bruces detrás de la cabina de comunicaciones, mientras que en cubierta aparecían las luces fugaces, cárdenas, de los fogonazos; el ruido fue apenas perceptible. En realidad, resonó mucho más el choque de las balas contra la plancha que las detonaciones. Ken, entonces, decidió cortar retiradas. Por ejemplo, la de Sophie, que iba a saltar.

Le tiró a una pierna, y el salto se convirtió en un grotesco movimiento, y acompañado de un gemido, mientras Sophie quedaba de rodillas, volviendo el rostro para mirar su bonita pantorrilla derecha destrozada. El segunde disparo de Ken alcanzó a Cutting en la barriga, y el tipo se inclinó, y así retrocedió unos pasos, hasta chocar con el palo mayor; luego, cayó de rodillas, con las dos manos en el vientre, tocando la cubierta con la frente.

Bronson había desaparecido de la mirada de Ken.

En aquel instante, unos potentes reflectores barrían todo el yate, descubriendo perfectamente todos los rincones. Y, seguidamente, un helicóptero empezó a dejar oír su zumbido, descendiendo velozmente hacia el yate, perdiendo velocidad y quedando como suspendido a sólo unas yardas de altura.

Una escala de cuerda fue echada, y un hombre inició el descenso. Le siguió otro inmediatamente. Ken, extrañado de que Bronson no disparase, creyó entender, y corrió hacia Clifford y Sid Harris, que se habían dejado caer ya sobre cubierta.

—Clifford, Sid... Sophie y ese otro están heridos; cuidad de ellos. Han llegado en lancha. Evitad la salida de cualquier clase de embarcación de esta zona. ¿De acuerdo? ¿Lleváis radio? Pues adelante.

—Está bien.

Mientras Clifford dominaba a Sophie y a Cutting, que estaba

totalmente inútil, malherido, Sid Harris transmitía instrucciones. Los del helicóptero permanecían silenciosos, oscilando un poco, entendiendo que no hacía falta intervenir, ni utilizar amplificadores, ni hacer demasiado ruido.

Por su parte, Ken corrió hacia la borda, calculando justo el lugar donde estaba el «ojo de buey» correspondiente al camarote de Liz Shepley, y realizó una maniobra que requería entrenamiento, buenos nervios y mejor equilibrio. Se deslizó hacia abajo, por el casco, sosteniéndose con los pies en la borda, de modo que pudo asomar por el «ojo de buey», viendo las figuras al revés, pero, sí, viéndolas.

Miss Shepley, por algo que ocurría, había retrocedido, y estaba en un rincón, mientras que la puerta del camarote saltaba y era empujada por un fuerte punterazo de Bronson, que penetraba en el camarote con la automática en la mano. *Miss Shepley* disparó, sí, pero Bronson, fácilmente, esquivó el disparo, y de un manotazo hizo saltar el arma de entre los dedos de *miss Shepley*.

Ella quiso debatirse, pero de un bofetón la sentó en la litera, y luego la situó ante él, como escudo. Lo que pretendía Bronson no era más que buscar una salida desesperada, con *miss Shepley* como rehén.

Y todo deformado por el cristal, con las figuras al revés, ante la vista de Ken Cordell.

Le habían cazado los focos, que pasaron rápidamente de largo, y mucha gente estaba esperando el momento de intervenir, aunque todo indicaba que sólo Cordell podía terminar el trabajo.

X

EN cuanto a Bronson, rodeando a *miss* Shepley, se dirigía hacia la puerta, deteniéndose en el umbral, escuchando. El silencio le crispaba. Estaba claro que sólo faltaba él; le esperaban. ¿Cuántos hombres? Era difícil de precisar... Cuando la Policía interviene en una redada de aquel estilo, procura utilizar el mayor número posible de hombres...

Iba a salir, de todos modos.

Ken se humedeció los labios; pese a la brisa húmeda, a las salpicaduras de agua, notaba la boca seca.

Y golpeó con la pistola el cristal del «ojo de buey».

Aquella era la reacción que esperaba. Hubiese podido clavar un plomo en la nuca de Bronson, pero éste, aunque sólo fuese por reflejos, habría podido apretar el gatillo, destrozando la espalda de Liz Shepley.

Ocurrió que Bronson se volvió, encarando, lógicamente, el arma hacia el «ojo de buey».

Y se cruzaron los disparos.

Ken tuvo que realizar un extraño gesto, después de disparar, y le costó el equilibrio; no pudo conservar la posición, cayendo al agua, cuando los focos, velocísimos, le buscaban, y una lancha roncaba hacia donde había caído Ken, que había emergido rápidamente, recordando vagamente un par de detalles: el grito asustado de *miss* Shepley, y... algo así como un velo rojizo en el rostro de Bronson.

Le había dado en pleno rostro, destrozándolo. Bronson era una figura inmóvil, irreconocible, a los pies de *miss* Shepley, que empezaba a notar la conveniencia de desmayarse, cuando oía que varios hombres descendían por la escalerilla.

—Estupendos muchachos...

En cuanto a Ken, ceñudo, miró al inspector Raleigh, que iba en la lancha que se hacía acercado.

—Arriba, Ken. ¿Acertaste? —inquirió.

—Creo que sí...

Le ayudaron, y en un instante se encontró en la lancha, mientras que el yate se había detenido ya, anclado, además, bajo el gobierno de Clifford, que tenía bajo la cabina de mando a Sophie y a Cutting; éste era solo un moribundo, de ojos que sólo mostraban el blanco ya.

Instantes más tarde, se tendía una escala desde el yate, y los ocupantes de la lancha fueron ascendiendo, hasta llegar a cubierta. Ken, chorreando agua, miró en todas direcciones. Bien..., allí estaba Sophie, mirándole, con una extraña expresión en su mirada..., nada dulce, por cierto. En cuanto a *miss* Shepley, aparecía en aquellos momentos, escoltada por dos agentes del

F. B. I.

Otros dos estaban subiendo el cadáver de Bronson, al que se apresuraron a dejar en un rincón de cubierta y cubrir con una manta, a causa de la horrorosa visión de su rostro.

Miss Shepley se acercó al hombre del

F. B. I.,

mirándole cálidamente, sonriendo. Por su parte, Ken se había acercado a Sophie, inclinándose junto a ella.

—¿Falta alguien? —inquirió secamente.

Sophie no respondió.

Ken esbozó una sonrisa, y dijo:

—Sophie..., me revientan los traidores. Vosotros no sois más que eso: traidores. Espías contra vuestro país. Bien: ¿falta alguien?

Silencio.

Ken, entonces, asestó un durísimo revés al rostro de Sophie,ladeándolo bruscamente, enrojeciéndolo.

—No quería besarte... —susurró Ken—. ¿Para qué, si sabía que esto terminaría así?

—Has tenido suerte.

—¿Yo? Bien..., es posible. Pero me he arriesgado dejando que vosotros llegaseis hasta aquí, cuando *miss* Shepley y yo estábamos solos. Y... ¿tengo que insistir en mi pregunta?

Sophie apretó los labios.

En aquel instante, se percibía revuelo de comunicaciones, y se oía el rumor del helicóptero, acercándose, mientras que varias lanchas se aproximaban también al yate, rodeándolo. Un agente del F. B. I., se acercaba al inspector Raleigh.

—Señor..., nos comunican que han atrapado al tipo de la lancha. Lo trae el helicóptero.

Entonces, todos miraron al cielo, viendo los guiños de luces del helicóptero.

El yate iba hacia el embarcadero, nuevamente. La última noticia recibida era que Owen Clayton había ofrecido resistencia, cuando fue descubierto por la vigilancia instalada en toda la ruta, y estaba ya en la «Morgue». En el saloncito del yate, estaban el inspector, Ken Cordell, Sophie, Wickard, Boulder y *miss* Shepley. En la puerta, vigilancia.

Lo más llamativo allí era Sophie, que parecía una fiera herida. Ella misma se había vendado la pierna, y estaba sentada en un sillón, con la mirada perdida. Wickard tenía el rostro tan gris como su cabello y su perilla. En cuanto a Boulder, gemía, lloriqueaba, por su mala suerte.

—Ya se lo dije a Owen... ¡Se lo dije! Yo..., cuando vi que la lechu..., que *miss* Shepley salía adormilada, que se dormía en el coche, le dije a Owen que la soltásemos, que algo iba mal... Pero, como despertó pronto, seguimos adelante... No me gustó el asunto... Me alegro de que ese imbécil haya muerto...

—Cierra ya la boca, Boulder —dijo el inspector—. Sid, sácalo de aquí.

—Bien, señor. Tú, muévete. Arriba.

Salió Boulder, con sus quejas, y entonces el inspector Raleigh miró a Wickard.

—Usted es un hombre conocido en Miami, señor Wickard. En cinco minutos hemos obtenido informes sobre usted. Tiene un magnífico establecimiento de venta de objetos de óptica, fotográficos, instrumentos de precisión... ¿No era suficiente con eso? Bien, no importa... Usted, Sophie, Wells, Cutting y Bronson Grundy. Todos con buenos empleos; todos inteligentes, cultos; personas en apariencia honorables. Y todos... malditos traidores...

Por supuesto, tendrán que facilitarnos todos los datos que consideremos necesarios para confeccionar un «*dossier*» sobre todas las operaciones que han llevado a cabo, desde que empezaron a actuar. Y espero que conoceremos a sus enlaces en otros puntos, ya sean americanos o extranjeros. No obstante..., hoy nos está ocupando algo que hemos de dejar por completo al descubierto. Hemos de estar seguros de que para esta operación no existen ramificaciones. Concretamente, que aquí termina todo. ¿Han comprendido?

Wickard se humedeció los labios. Miró a Sophie.

Sophie inclinó la cabeza.

—Hemos perdido, Sophie... —musitó Wickard.

—Sí, eso parece. ¿Vas a culparme del fracaso?

—No... Realmente, no. Todo se hizo bien, hasta que dos estúpidos secuestradores se interpusieron en nuestro camino... ¿No es curioso? Dos vulgares hampones, sin cerebro, estropean un trabajo importante... Incluso salía bien el dejar que el

F. B. I.

tomase la iniciativa... Cordell nos ha traído hasta aquí... Y me pregunto: ¿qué ha fallado aquí?

Sophie, silenciosa, miró a Ken.

—Alguien tenía que triunfar, Wickard —musitó, aun mirando a Ken—. Y ha sido Cordell. ¿Sorprendente? Sólo en cierto modo... Ya le vi luchar contra Wells... Todos estábamos advertidos; ninguno iba a ciegas. Ha vencido el más fuerte... Eso es lo ocurrido.

Miss Shepley intervino:

—Pero, usted, Sophie... ¿Por qué? No lo entiendo...

Sophie miró a Liz Shepley.

—Era tan fácil, *miss Shepley*... Usted tenía que salir a la calle; adormilada. Yo la había inyectado tiopentanato sódico. En el coche la esperaba Bronson, quien previamente había matado a su chófer. Luego, ya en la primera esquina, Bronson habría recogido a Cutting y Wells, quienes se hubiesen encargado de las preguntas, que, como todos los presentes sabemos, usted habría respondido con veracidad, baje los efectos del suero.

—Sí, sí... Pero preguntas... ¿Qué saben ustedes, para realizar todo ese proyecto, para hacerme preguntas?

—Sabemos lo suficiente, *miss Shepley* —musitó Sophie.

—No entiendo...

—Por ejemplo, sabemos que usted es la secretaria del profesor Collier Tinker. El profesor, no sabemos dónde, está trabajando en un proyecto importante, para el futuro, tal vez no muy lejano... Bien, una de las preguntas que le habríamos hecho era relativa al paradero del profesor Tinker. Usted, como auxiliar suya, tiene que conocerlo.

Miss Shepley estaba muy asombrada.

El inspector Raleigh y Ken cambiaron una mirada, y luego Ken esbozó una sonrisa. Sophie, atenta a las reacciones de los demás, observó que algo ocurría.

—Bien..., ¿qué ocurre con eso? —inquirió—. Tratábamos de raptar a *miss Shepley* para que, entre otras cosas, nos comunicase el paradero del profesor. *Miss Shepley*, sin duda, nos hubiese informado, pero no todo lo ampliamente que nosotros queríamos...

—Tenían muy cerca al profesor —dijo *miss Shepley*—. Es el hombre que fingía ser mi padre... Un buen camuflaje al parecer, ¿no?

Sophie miró a Wickard, que había cerrado los ojos. Y Sophie soltó una amarga carcajada.

—Vaya... Espléndido trabajo, Wickard... Teníamos al profesor en nuestras manos, y elaboramos algo muy complicado para secuestrar a su secretaria... Entonces, es claro que el fracaso se debe a que todo se inició mal... Teniendo la pieza principal, fuimos a la caza de la secundaria... Y de eso sí eres tú culpable, Wickard... En una operación de la importancia de ésta, deben tenerse en cuenta todos los detalles, debe actuarse sobre seguro, con información exacta... Te felicito, Wickard... ¿Por qué no te informaste debidamente?

—Ya basta, Sophie... Yo...

—Está bien; alguna vez había de ser. Pero primero tú, careciendo de verdadera información, y luego dos idiotas hampones, no sólo nos han impedido especular con información valorada en no menos de un millón de dólares, sino que también nos habéis colocado en el umbral de la muerte. Sí..., felicidades, Wickard.

Miss Shepley miró al inspector Raleigh, y dijo:

—Oigan..., ¿cómo es posible que conozcan la existencia del

profesor, la mía..., que trabajamos en un proyecto importante...?

Raleigh miró a Ken, quien, sombrío, rezongó:

—¿Por qué hemos de creer que en Washington no hay traidores? Se puede afirmar que existe una vía de infiltración...

—Cordell ha dado la respuesta correcta, *miss* Shepley —dijo el inspector—. Interesa saber hasta qué punto están informados Sophie y Wickard. Es importante conocer a qué nivel existe esa vía de infiltración. Bien, Wickard, adelante. Diga todo lo que sepa del proyecto.

Wickard pareció vacilar, pero musitó:

—Se trata de los satélites de Marte... Todos sabemos que Marte tiene dos satélites; algo así como dos lunas terrestres, pero mucho más pequeñas. Uno de ellos, Fobos, de momento no parece ser tenido en cuenta. El otro, Deimos, de un diámetro de cinco millas aproximadamente, es objeto de atención por parte de los científicos de Washington, quienes han delegado en el profesor Tinker el proyecto..., ambicioso proyecto, de colocar en Deimos un motor que arranque dicho satélite de la órbita de Marte, para situarlo en órbita terrestre.

Ken dirigió una rápida mirada a *miss* Shepley. Por su expresión, Ken comprendió que casi sobraba la pregunta.

—¿Cierto, *miss* Shepley? —inquirió, no obstante.

—Así es... Se supone que Deimos puede ser interesante en dos campos..., eso depende. Por ejemplo, puede ser sólo útil como labor científica, para conocimiento exacto de la composición de Marte.

Y... puede que sea útil en otro sentido, convirtiendo Deimos en una especie de mina en órbita terrestre, ya que hay quien afirma que en el núcleo de Deimos hay muchos minerales, y algunos incluso desconocidos para nosotros. Como quiera que sea, el traslado de Deimos a la órbita de la Tierra es un proyecto de suma importancia. Por su composición, o para su exploración...

—¿Es factible el proyecto? —inquirió Ken.

—Lo es —dijo *miss* Shepley.

Ken pestañeó, asombrado.

—Insisto —dijo—: ¿es factible arrancar Deimos de la órbita de Marte y situarlo en órbita terrestre?

—Es factible, señor Cordell —dijo *miss* Shepley—. En eso estamos trabajando el profesor Tinker y yo. Es claro que, como

comprenderán fácilmente, las dificultades a vencer son muy numerosas...

—Por favor, *miss Shepley* —cortó el inspector—. He dicho que interesaba saber a qué nivel es informado Wickard. Siga usted, Wickard.

—Sabemos que colocar el motor en Deimos puede realizarse. Ahora bien, se requiere, como es natural, una potencia especial para arrancar a Deimos de la órbita de Marte. Ha de ser un motor de características muy especiales, teniendo en cuenta infinidad de cosas. Por ejemplo, la casi inexistente gravedad en Deimos... Puedo decirles que lo que en la Tierra significa un peso de sesenta kilos, pongamos por caso, en Deimos sólo representa un peso de... veintitrés gramos...

—¿Cierto, *miss Shepley*? —inquirió el inspector.

—En efecto...

—Siga, Wickard.

—El profesor, concretamente, está estudiando los metales a emplear en la construcción del motor que habrá de traernos a Deimos. Ha de ser un metal lo suficientemente pesado y resistente a toda clase de roces y presiones; un motor que pueda descender a Deimos, y no quedarse flotando eternamente en el espacio, en torno a ese satélite y Marte. Un motor que venza la inexistencia práctica de gravedad. Eso, de una parte. De otra, los propergoles... o propulsantes. Hay grandes dificultades.

Raleigh miró a *miss Shepley*, que parecía aturdida.

—Es cierto... —murmuró *miss Shepley*.

—Supongo que ustedes. —Wickard miró a *miss Shepley*— vacilan entre utilizar propergoles o propulsantes gaseosos y líquidos, los ya conocidos como hidrógeno líquido, por ejemplo, o bien energía nuclear... Con la utilización de energía nuclear, se corre el riesgo de contaminar Deimos incluso, y transformar la naturaleza de su composición, con lo cual todo habría sido inútil. Habría que emplearse un cilindro aislante, pero su peso tal vez destruya la perfección del resto del motor.

—Perfecto, Wickard —dijo *miss Shepley*—. Y asombroso.

—Al respecto, la información era buena... Nosotros teníamos que hacer unas preguntas muy concretas, *miss Shepley* —murmuró Wickard—. Saber dónde estaba el profesor era esencial, pero usted

habría aportado otros datos.

—¿Por ejemplo?

—Los he mencionado... Propergoles, material metálico del motor, peso, tiempo de viaje, velocidad de despegue, velocidad de caída en Deimos. *Miss Shepley* sonrió; meneaba la cabeza.

—Bien..., ojalá el profesor y yo hubiésemos descubierto todo eso —dijo—. Sería un proyecto terminado, con grandes probabilidades de éxito. Sí, conocemos ya el material a emplear... Sólo eso, Wickard. Ya ve..., no es mucho, ¿eh? Tenemos lista la fórmula de la aleación, pero... falta vencer otras muchas incógnitas... No es mucho lo que hubiéramos podido informar... Se han precipitado. ¿Se da cuenta? Ese proyecto es un recién nacido, al que se le ha puesto sólo el vestido, el caparazón metálico. No hubieran conseguido gran cosa, no... Y, por supuesto, no voy a decir qué clase de material se empleará, ni qué propergoles estamos ensayando... Puedo hablar de eso, pero sin mencionar datos científicos ni técnicos. Es más: sé con seguridad que esto no trascenderá al público. Señor Wickard: si usted hubiera conseguido sorprendernos dentro de un par de años, quizá sí, entonces, le hubiéramos informado ampliamente, bajo los efectos del tiopentánato sódico... Ahora, repito, se han precipitado. Un proyecto de tanta envergadura no se soluciona en tres meses..., por desgracia.

Sophie estaba llorando y sonriendo amargamente, al mismo tiempo.

Wickard había inclinado la cabeza, gris el rostro.

El inspector Raleigh dijo:

—Gracias por su ayuda, *miss Shepley*. Sid.

Sid Harris asomó la cabeza.

—Diga, señor.

—Llévaos a Wickard y a Sophie. A ésta, que la atiendan en la enfermería. Wickard, incomunicado; por completo. Habrá que pedir instrucciones a Washington con respecto a estos dos prisioneros... Fuera ya.

Wickard y Sophie se movieron. Sophie cojeaba, pero ni eso restaba gracia a su figura; con su minivestido vuelto, grisáceo, azulado..., tan cortito, arrugado, tan bonitas las piernas, tan suave la piel... Sophie estaba mirando a Ken a los ojos.

—Tengo que admitir una cosa —musitó—: acertaste a la primera con el estado hipnótico que presentaba *miss* Shepley al salir del «Fisher's».

Eso fue decisivo para estar sobre mi pista...

—Sin embargo, de no haberte movido, hubiese sido muy difícil saber la verdad, Sophie.

—No... ¿Acaso *miss* Shepley no lo hubiese confesado?

Miss Shepley meneó la cabeza.

—No, Sophie —murmuró—. De no haber llegado a tiempo el F. B. I.,

los secuestradores me hubiesen matado; me lo dijeron. ¿Cómo iba a entregarles el profesor medio millón de dólares? No quisieron creermelo... Y, yo muerta, era realmente difícil establecer la verdad.

Sophie asintió con la cabeza.

—Todo por dos estúpidos hampones...

—Dos tipos que a mí me han desconcertado mucho —rezongó el inspector Raleigh.

Ken sonrió.

Sólo dijo:

—Yo descubrí la presencia de un fuerte grupo enemigo, cuando me enteré de que del piso de Wells se habían llevado posibles pistas muy significativas. Además, eso me aseguró de que era seguido...

El inspector hizo un gesto.

Sophie y Wickard se iban.

El inspector salió también, para dar instrucciones. Habría que sonsacar a fondo a los dos prisioneros.

Mientras, *miss* Shepley, sonriendo, miraba a Ken, empapado aún.

—Bueno..., ¿qué debo hacer yo, señor Cordell? —inquirió.

—Pues... usted, como el profesor Tinker, estará, de momento, bajo nuestra custodia. Ya decidirán en Washington qué es lo que deben hacer ustedes para seguir trabajando en paz.

—Ya... ¿Está bien el profesor?

—Sí, sí...

—Debe haberlo pasado muy mal —sonrió *miss* Shepley—. Imagino su angustia, cuando mis secuestradores le llamaron... Por fortuna, eran un par de estúpidos, sí... Aunque, claro, me hubiesen matado... Le debo la vida, señor Cordell.

—Bien..., olvídelo.

—Oh, vamos...

—Usted es importante para el país, *miss* Shepley.

—Todos lo somos, señor Cordell. Todos, claro, excepto los que tratan de vendernos, los traidores... En fin..., me siento relajada, tranquila. Creo que mañana tendré buenas ideas —sonrió—. Señor Cordell..., ¿puedo darle las gracias?

—Oiga, no vale la pena que...

—Por favor, señor Cordell.

Ken, un poco asombrado, la vio avanzar hacia él. Era fea, demonios. Muy fea. Pero había algo agradable en su mirada, en su sonrisa. Se inclinó y besó a Ken en los labios, sonrojándose. Un beso breve, dulce, limpio... Vaya..., asombroso.

—Es... la primera vez que beso a un hombre, señor Cordell. Y... tengo la impresión de que ha valido la pena esperar treinta años... Ahora, discúlpeme, quiero reunirme cuanto antes con el profesor Tinker. Espero que volveremos a vernos antes de que partamos para Washington.

Ella, con su beso a los treinta años, con su operación satélite, con su cerebro rebosante...

Ken, pese a todo, aún sentía confusión en su cerebro; aún el rostro de Sophie, su figura, aparecían con frecuencia en su mente.

Bien..., Sophie ya sólo era algo así como un satélite perdido, para la eternidad.

FIN



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

